



Andrés Ortega

Sin alma



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

SIN ALMA

ANDRÉS ORTEGA

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg. S.L.
Av. Diagonal. 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© Andrés Ortega. 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
Imagen de portada: © bpk / Nationalgalerie, SMB, 2012
Caspar David Friedrich. *Klosterfriedhof im Schn. ee*, 1819

Conversión a formato digital: María García
Depósito legal: B. 20542-2012
ISBN: 978-84-15472-48-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.



ANDRÉS ORTEGA

Andrés Ortega (Madrid, 1954) ha sido director del Departamento de Estudios (1994-1996) y de Análisis y Estudios (2008-2011) del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, editorialista y columnista de *El País* y director de *Foreign Policy Edición Española*.

Licenciado en Ciencias Políticas por la UCM y máster en Relaciones Internacionales por la London School of Economics, es autor de varios libros, como *La fuerza de los pocos* (Galaxia Gutenberg, 2007) y, junto a Ángel Pascual-Ramsay, de *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país* (Galaxia Gutenberg, 2012). Esta es la primera novela del autor.

Madrid. 1948. El Profesor, un neurólogo discípulo de Ramón y Cajal, autor de *La hipótesis innecesaria* sobre la inexistencia o invención humana de un alma inmortal, fallece en Madrid tras haber recibido los últimos sacramentos en contra de su última voluntad. En esos tiempos duros, la Iglesia y el régimen de Franco, ayudados por el padre Aljimiro que se decía amigo del Profesor, se resisten a publicar las obras de un autor que ha entrado en el índice de libros prohibidos del Vaticano.

Esta es la crónica novelada de un tiempo en España y en la ciencia que aporta reflexiones profundas sobre la vida y la muerte, la perduración o no de un alma, y el recuerdo como forma de ampliar la vida de otro, la vivencia del ser ausente en el cerebro de cada uno de los que le conocieron, que son tan válidas hoy como entonces. *Sin alma* es un homenaje a la ciencia y a su diálogo con la religión, y especialmente a la neurociencia que tan rápidamente avanza en nuestros días.

A mis muertos

1

Poco antes de perder la consciencia —a punto, hubieran dicho otros, de perder el alma—, en un momento en el que estábamos los tres solos en su habitación de la casa de Zurbarán. nuestro padre nos pidió a mi hermano Alberto y a mí que nos acercáramos y en un murmullo ya apenas audible nos rogó: «No dejéis que vuestra madre me traiga un cura». No tenía ya casi fuerzas, aunque todavía las suficientes para expresar esa última voluntad, que acompañó con una mirada tierna, como de despedida, mientras su hijo mayor le pasaba la mano por la pálida frente salpicada de gotas de sudor. Pareció agradecerlo. Hay algo en los que dejan la vida, como en los ancianos, que les hace buscar el contacto físico con sus seres queridos, y si no los tienen, con las personas más próximas en esas circunstancias. Nuestro padre, persona poco emocional, nunca antes había buscado ese tipo de contacto con nosotros, ni siquiera en nuestra infancia. Pero sí en esos últimos momentos.

Nos sorprendió un poco esa última instrucción, como si fuera lo que más le importara a este hombre al borde de su final. Pero la comprendimos, y le prometimos que se cumpliría su voluntad. Además de no creer en una vida posterior a ésta, su preocupación en esos últimos momentos, acabados de cumplir 75 años, una edad más que respetable, era no sólo ser consecuente con sus ideas e investigaciones de toda una vida, sino evitar que como les había pasado a tantos antes que a él, su legado intelectual quedase salpicado por algún traspies involuntario que, una vez inconsciente o muerto, no podría parar. Aunque sabía que en esta España este legado quedaría silenciado, esperaba al menos poder ser recordado en otros tiempos mejores que creía cercanos, aunque ya no los fuera a vivir. Confiaba en sus hijos para proteger su voluntad cuando ya no pudiera expresarla. No tanto, para una demanda de este género, en su esposa, doña Candelaria, a la que llamaba Candela, creyente, aunque no fervorosa, desde luego no tanto como lo fuera doña Sílveria Fañanás, la mujer de su mentor, don Santiago Ramón y Cajal, fallecida antes que el Premio Nobel.

Mucha gente, la que no los conocía a fondo, se extrañaba de cómo, dadas sus actitudes tan contrapuestas ante la religión, doña Candelaria y nuestro padre se hubieran podido enamorar y vivir con tanta armonía durante todos estos años, sin grandes disputas, salvo las habituales en los matrimonios. No había de qué sorprenderse. Matrimonios con visiones dispares sobre la religión —la católica, claro está, pues en esta España no hay prácticamente otra, salvo para algunos pocos judíos y protestantes— han sido cosa habitual desde siempre, cuando tantos había aún de conveniencia. Lo cual no era el caso, pues nuestros padres se habían conocido y enamorado cuando él era un estudiante de Medicina en la facultad de San Bernardo, y ella una chica guapa y divertida, de familia acomodada y culta, si bien, como era la norma entonces entre las mujeres, no

estudió ninguna carrera. El de nuestros padres, en los albores del siglo, fue, por lo que nos han contado, el primer matrimonio de amor en la familia, pues los anteriores habían sido, en general, concertados. Era esta una de las grandes revoluciones recientes, al menos en algunas capas sociales, aunque seguramente también llevó a los múltiples divorcios que se registraron una vez que los permitió la República. El Profesor pensaba que el amor acabaría cargándose la institución del matrimonio, pero a pesar de que repetía a menudo esta idea, nunca llegó a desarrollar su fundamento.

Estos matrimonios de personas con ideas muy diferentes sobre la religión funcionaban, y siguen funcionando, como si la cuestión religiosa que algunos consideran tan central, tan importante, pudiera, efectivamente, aislarse de lo que importa realmente en la vida cotidiana, al menos en la esfera privada. Algo similar pasa también con el matrimonio y la política. Aunque de ésta no se habla ahora mucho en esta España; sólo se susurra, tras aquellos años de tanto debate que acabaron en tragedia.

En tales matrimonios no cabe hablar de tolerancia, sino de convivencia. Cada uno acepta al otro como es, con sus creencias, y en algunos casos, ideas dispares. Eso sí, el Profesor siempre había reconocido la importancia, para mal y para bien, de la religión como cemento social. Pese a que a menudo se piense que la religión es algo personal, él la veía como algo esencialmente público, como uso. Y en esta posguerra, los usos vienen en buena medida impuestos por el Régimen, y de su mano —¿o acaso es al revés?— por la Iglesia. Pues éste es un régimen en el que se dice que sí que hay libertad religiosa: la de elegir los domingos entre ir a misa de once o de una.

Esa mañana seca y soleada, calurosa, de julio, el Profesor —así le llamaban casi todos, incluso a veces nosotros en familia— había amanecido bastante despejado, si bien con un comentario, por segundo día consecutivo, que había impresionado a los que lo habían escuchado, aunque algunos, por compasión, lo compartiésemos: «No tendría que haberme despertado». Ante el dolor y la falta total de perspectivas vitales, salvo su inevitable final, él hubiera preferido caer rápidamente en la muerte y en la nada, sin enterarse, mientras dormía. Hacia el mediodía, sus deseos se vieron parcialmente cumplidos. Entró en la inconsciencia que tanto anhelaba tras semanas de sufrimiento.

La enfermedad le había tenido postrado los últimos meses, con un doloroso cáncer de estómago, aunque con la cabeza siempre despejada e interesado en lo que ocurría en España y en el mundo. Poco después de acabada la Guerra, no sin dificultades, le habían operado y sacado la mitad de sus interiores, Pero el mal volvió a reproducirse y a extenderse en una metástasis para la que no había solución. No sólo había sido mejor no esconderle las cosas, sino que como médico, supo desde un principio perfectamente lo que le pasaba, y lo que le iba a pasar. No le tenía miedo a la muerte —ni compartía la filosofía agónica de su, sin embargo, admirado Miguel de Unamuno — sino al tránsito hacia ella. El miedo al dolor, dolor que, decía, llega a librar de la angustia ante la muerte próxima. Temía lo difícil que puede resultar morir, pues morirse, muchas veces cuesta. Pero para ayudar en este trance, a medida que aumentaba el padecimiento, contaba con su buen amigo el doctor Griñón, un médico compasivo, que le fue administrando unas dosis crecientes de morfina que, junto a la propia enfermedad, ayudaron a poner término a su vida de una forma más soportable.

Reposaba en una cama alta con postes y cabecera de latón, y baldaquín de puntilla blanca. Es la que había compartido con su Candela durante más de cuarenta años, siempre con sábanas de

hilo, incluso durante la Guerra, en los veranos calurosos de la Villa, como éste de 1948. Era la suya una habitación amplia, con una ventana que daba a un patio no por interior menos claro, amueblada con un gran armario ropero de madera oscura con dos puertas cubiertas con un espejo de cuerpo entero y una enorme cómoda, calasera la llamaba, pues se la habían regalado en su boda unos amigos catalanes, cubierta de un mármol blanco vetado. En una pared colgaba una buena copia al óleo de uno de sus cuadros favoritos, el *Perro semihundido*, de Goya. Y en otra, uno de Ricardo Baroja, regalo del propio pintor, hermano del novelista, que representaba el madrileño Chamartín frío y vacío de 1914, con dos árboles pelados y dos viejas como esperando a la nada.

Para refrescar la habitación, como hada tanta gente en este Madrid tan seco, nuestra madre había colgado por fuera de la ventana una sábana blanca mojada que dejaba pasar el aire con una cierta sensación de frescor. En consecuencia, la luz no parecía natural, sino algo mortecina, aunque más que suficiente, pues tampoco el enfermo reclamaba, como Goethe, uno de los grandes escépticos sobre la vida tras la muerte, en su lecho, más luz.

En una esquina, en una gran butaca forrada de terciopelo marrón claro con reposapiés, se había sentado mientras había podido el Profesor para leer en esos meses finales de enfermedad. Literatura —novela, pues no era muy dado a la poesía salvo la de los Machado y de Lorca—, ensayos y ciencia. Nunca había perdido su interés por los últimos descubrimientos y avances, aunque no fueran los de su especialidad, que seguía a través de diversas publicaciones o artículos que le enviaban amigos o conocidos. Así, una de las últimas cosas que le había fascinado, y de la que le habían informado por carta sus corresponsales, era que a principios de este año 1948 un físico ruso nacionalizado estadounidense, George Garnow, había planteado la hipótesis, partiendo de la teoría de la relatividad de Einstein, de que nuestro universo se había generado a partir de una gran explosión primordial. Incluso antes de las últimas guerras, nos había recordado para remachar que hay mucha gente a la vez religiosa y científica, hubo un jesuita belga que había propuesto, en base al estudio de las nebulosas en espiral, que el universo había empezado con la explosión de un átomo primigenio. El Profesor pensó: «He aquí un nuevo problema para la ciencia, pero también para la religión. Si esta hipótesis cobra peso, se demuestra y se difunde, los chicos que se educan en ella tendrán otra idea del mundo, cambiarán sus percepciones». Pues él siempre había pensado que las referencias básicas en la niñez y juventud acaban acompañándonos toda la vida y marcando la visión del mundo de cada cual. Cambiar estas maneras de pensar que se absorben al principio, decía, no resulta nada fácil. El peso de la razón tiene que superar unas creencias que han arraigado a menudo en nuestras más profundas memorias y emociones.

Es difícil saber si en esos últimos momentos estaba pensando en la ciencia, en la explosión primordial que tanto nos empujaba a los humanos aunque nos engrandeciera poder saberlo, en la vida o en la muerte, en su muerte. Quizás recordara cuando creía, en su primera juventud, que con la muerte se le aclararían muchas cosas. Conocería. Pero no, con la muerte, se había convencido hace tiempo, al contrario, se acaba la capacidad de conocer. De hecho, deja de tener sentido alguno el concepto de «conocer» pues ya no hay sujeto que conozca. O quizás no estuviera realmente pensando en nada bajo el influjo de la droga.

Justo cuando acabábamos de salir los hijos del dormitorio, el Profesor perdió el conocimiento. En ésas entraron su esposa, su hermana Ramira, pía como ella sola, y, con sus largas sotanas negras dos sacerdotes, los padres Aljimi y Ulpiano, habituales de esta casa. Con ellos el Profesor había entablado una relación hada ya un tiempo, más intelectual que otra cosa por su parte, pero que había llevado a lo que consideraba una cierta amistad, a pesar de sus

diferencias en la manera de pensar. El primero, mayor, le pidió a mi madre, a las puertas de la viudedad, permiso para dispensar al moribundo la Extremaunción, a sabiendas de que no se lo negaría, seguro como estaba de las creencias religiosas de doña Candelaria y más aún de las de Ramira. Estas accedieron de pleno corazón, en un intento de salvar a un descreído en el umbral de la muerte. El padre Aljimi. ayudado por el padre Ulpiano sacó sus óleos, mojó la punta de dos dedos de su derecha, hizo tres veces con ellos la señal de la cruz en la frente de! moribundo y en cada una de sus manos, y pronunció los rezos al uso en un latín que ninguno de los presentes, salvo el otro sacerdote, entendió, pero no hacía falta para comprender su significado. Es lo que había querido evitar nuestro padre. El pobre, incluso si hubiese tenido voluntad de algo, aunque fuera tan sólo una voluntad negativa, no podía ya expresarla.

Mi hermano Alberto y yo habíamos vuelto a entrar, sin osar objetar pues la decisión había sido de nuestra madre. Pero nos embargó de inmediato un sentimiento de culpa por no haber sabido defender y hacer cumplir la única última voluntad que nos había expresado nuestro padre. Nada más terminar el rito, el estertor que le había venido acompañando durante los últimos minutos se hizo más pronunciado. Tras un ronco resoplido final, y sin haber vuelto a abrir los ojos para una última mirada, el silencio. Como un descanso. No sufrió en sus momentos finales. En este país donde, como decía un amigo suyo escritor, lo que más divierte al prójimo es que muramos a ser posible entre horribles tormentos, el Profesor, en su trance final, se había librado de esto último, aunque había sufrido durante meses.

Todos dimos por supuesto que el Profesor había fallecido, y el doctor Griñón lo confirmó en seguida. En lo que pareció un breve espacio de tiempo llegó esa impresión de cambio de aspecto. Esa desaparición repentina de la vida, de la energía vital, esa falta de expresión, o, mejor dicho, la expresión, la última, de la muerte, el cambio de color que se acentuó enseguida, y unas horas después, el *rigor mortis*. Doña Candelaria se echó a llorar, pero probablemente esperanzada de que en el último momento su marido hubiera salvado su alma y fallecido en brazos de la Iglesia.

El padre Aljimi salió de la habitación ufano, y no pudo contenerse de proclamar a los presentes en la casa lo que iba a repetir fuera en las horas y días siguientes a quien quisiera escucharle, que el Profesor había muerto, no confesado ni arrepentido, mas sí al menos «en paz» tras recibir el séptimo, y habitualmente el último, de los sacramentos. Y había expirado, justo tras ello, como si desde su inconsciencia hubiera estado esperando ese momento para soltar las amarras con la vida en un último arrebató de fe. Para el sacerdote, al final de su vida el Profesor, casi por medio de una intercesión divina, había vuelto al redil de la Iglesia, e insistió una y otra vez en que había esperado a recibir la extremaunción para echar el último aliento. Misión cumplida. Uno más salvado.

La Iglesia, que no le había perdonado al científico sus teorías, había conseguido una pequeña victoria final, una penúltima —la última llegaría después— venganza en el lecho de muerte, aprovechando que estaba inconsciente y no podía defenderse. Era justamente lo que había temido el Profesor, lo que, salvando las distancias, la Iglesia anglicana había hecho con Charles Darwin al hacer correr la voz de que en la cercanía de la muerte había regresado a la fe. En realidad Darwin, que estudió Teología Anglicana en la Universidad de Cambridge, nunca fue un ateo sino que se fue decantando gradualmente hacia el agnosticismo. Pero las autoridades anglicanas consiguieron sembrar la duda, esperando que el final marcara todo el sentido de la vida del gran científico. No fue así. Tampoco para el Profesor.

2

De la muerte de los demás, y menos aún de la perspectiva de la propia, se habla poco, pese a su importancia. ¿O quizás no la tenga tanto? «Eso es lo que ha logrado nuestra sociedad. Aunque nosotros, los médicos la vemos, la vivimos y luchamos contra ella a diario», decía el Profesor. «Tendemos a esconderla, para sólo celebrarla —valga la expresión— una vez ocurrida, en los funerales».

El primer muerto que uno ve en la vida marca, pero si la vivencia es a una edad temprana no se la suele asociar a la finitud de la vida de uno, sino de los demás. En la existencia de cada cual uno suele vivir varias muertes ajenas, pero, realmente, morir, lo que se dice morir, se ve morir a poca gente, aunque en tiempos de guerra, como ha ocurrido en España y luego en Europa y en el mundo, la experiencia directa de la muerte ajena se multiplica. Lo más habitual es haber presenciado algún fallecimiento de eso que se llama muerte natural, ya sea debido a la enfermedad o a la edad, pues también se muere de viejo. Al Profesor, como a sus hijos ya de adultos, nunca nos había dado la impresión de que quedara nada de los muertos, salvo su cuerpo destinado a la podredumbre o al polvo, y el recuerdo y la pena —alegría también para algunos desdichados— de saber, en algunos casos, que no se les volvería a ver más. Nunca. Se suele hablar de los restos mortales, un término que usan incluso aquellos que no creen, pero ¿por qué llamarlos así, se preguntaba a veces nuestro padre, como si realmente hubiera otros inmortales?

Claro que hay muertes y muertes. «El problema no es la muerte, sino morir», decía el Profesor. Los hay que lo hacen con elegancia. Un familiar nuestro, el tío Eduardo, había fallecido unos meses antes, y realmente debió haberlo sentido. Adinerado sin ser rico, se despertó un día, poco después de cumplir sus 96 años, y, de alguna manera, supo o intuyó que iba a morir. Le pidió a su criado, pues lo tenía, que le prepara un buen baño, se lavó bien, incluido el poco pelo que le quedaba, pues era persona muy pulcra y quería fallecer lo más limpio posible, y así se lo hizo saber. El criado le secó bien, le puso los polvos de talco en las partes, le vistió con uno de sus mejores trajes. Luego nuestro tío le dio un cheque por unos atrasos que le debía y algo más, le pidió que fuera al banco a cobrarlo, y cuando se hubo marchado, se tumbó en la cama y, simplemente, se murió. Le encontró el criado a su regreso plácidamente muerto.

El Profesor nunca apreció nada trascendente en ninguna de las muertes y en ninguno de los muertos, y eso que las presenció numerosas como médico, por lo que sabía lo que era el aspecto y el olor de cadáver, y más marcado, el de varios cadáveres juntos. No veía nada trascendental en una muerte por accidente. Tampoco en un soldado, o un miliciano, caído bajo el impacto de una bala o fusilado, o en otro abatido que uno encuentra postrado en el suelo, con un agujero manchado de sangre, y que se descubre al abrir un portón en un casón o en un piso donde se ha

desarrollado un tiroteo, o asesinato, como le había pasado en más de una ocasión.

Tampoco produce una sensación de trascendencia el muerto que se queda en una mesa de quirófano. Algo más un anciano o anciana que ha vivido mucho, pues con él uno tiene la sensación de que se acaba, a veces, una generación, se pierde una parte del saber que no se acumula. Se quiebra, porque hasta entonces parece haber tenido una cierta continuidad, la llamada trayectoria vital, desde el nacimiento que nos han contado y que nadie recuerda hasta esta muerte tardía e incluso deseada por tanto anciano cansado, agotado, de vivir. No puede sorprender que, comparativamente, se suiciden más ancianos que jóvenes. Por algo será. Aunque a menudo, a veces con dolor y dificultad, la gente mayor, los ancianos, no parecen morir sino apagarse, difuminarse como los ingleses dicen de los viejos soldados. Ocurre en ocasiones que la muerte, el irse muriendo, no es un acontecimiento puntual, como en los accidentes o en el campo de batalla, sino un proceso lento y gradual, con la ancianidad o una larga enfermedad.

Pese a que lo es, la muerte vivida desde fuera muchas veces no parece algo natural. No lo es, desde luego, la muerte de un niño o de un hijo, que provoca un dolor que no aplacan los amigos y que nunca acaba de desaparecer en los padres. La Guerra había producido la muerte de muchos hijos jóvenes, además de adultos padres y madres de niños, dejando también muchos huérfanos, y revolviendo la naturaleza del paso del acontecer humano.

Los cementerios militares impactaron más a nuestro padre que los civiles. Al Profesor, que los visitó en 1937, le impresionaron profundamente los de Verdún, de la Primera Guerra Mundial, en los que las cruces se pierden en el horizonte marcando como una mar de muertos, con un lote especial para los musulmanes caídos en defensa de Francia. Verdún, donde se libró una de las más sangrientas batallas de esa contienda, reflejaba para el Profesor la ceguera de las guerras, especialmente de ésta, la del 14, en la que las partes se metieron mandando a sus soldados con el convencimiento de que regresarían victoriosos en unos pocos meses, o como la nuestra, que en seguida vimos que duraría de forma cruel. Pero contemplar esos campos de cruces en Verdún no le inspiró a nuestro padre ningún sentido religioso que le hiciera rectificar sus puntos de vista. Todo lo contrario. Sólo la idea de la barbarie humana, tan humana.

Tampoco el año pasado la muerte de Manolete en la plaza de Linares por una cornada del tristemente famoso Islero le produjo ningún sentido trascendente, salvo para el arte, en el que ha dejado un enorme vado a los aficionados, entre los que se contaba el Profesor. Aunque después de la Guerra, la falta de medios y la pereza le habían alejado de las plazas. Pero el recuerdo de la clase de Manolete y de sus pases perduraría. «Manolete no ha muerto aún», había dicho el Profesor al conocer la tragedia. «Aunque irrepensible, algo queda».

A menudo, más que la muerte en sí, impresiona a los vivos en el sepelio el momento en que descende el ataúd al fondo de la fosa, o cuando se cierra el nicho. En un poema que lleva por título «En el entierro de un amigo», escribió Antonio Machado, creyente él en que después de la vida había algo, unos versos que me vinieron a la mente al ver descender el ataúd de mi padre en la sepultura familiar de la Sacramental de San Isidro, al otro lado del Manzanares:

Y al reposar sonó con recio golpe.

Solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

Eso fue, perfectamente serio.

Para el Profesor —en esto no era muy original—, la emoción más profunda del ser humano por encima del amor, es el miedo. El miedo que debemos llevar en nuestros cerebros desde los

tiempos en que los humanos éramos perseguidos por los depredadores. El miedo a la locura. Y el miedo a la muerte que llevamos como inscrito en nuestros genes. No a la muerte de otros, o de los otros, sino a la propia. Un miedo comprensible, que nos ata a la vida, pero que con la civilización, al menos la nuestra, tendemos a esconder. El afán de supervivencia biológica parece estar en los códigos genéticos y en los códigos de las religiones. Es una idea poderosa que nuestro padre reconocía.

El Fausto de Goethe afirma que en la religión «el sentimiento lo es todo». Del sentimiento — antes que de la emoción— religioso, «se trata, mucho más que de teología», había insistido mi padre. De ese sentimiento se nutre este miedo desde tiempos inmemoriales, quizás los mismos que han acompañado al ser humano en la Tierra. «El miedo fue lo primero que produjo dioses en el mundo», escribió ya en el siglo I el poeta latino Estacio. Y según Esquilo, «el miedo supremo es el miedo a dios», con lo que, desde esta visión, el miedo a la muerte se convierte en miedo religioso. La muerte ha sido muchas veces calificada de *mysterium tremendum*, un misterio que hace temblar, aunque no lo lograra con el Profesor. Quizás los antiguos lo habían resuelto mejor con la Parca, la de la guadaña, personificando a la muerte como actor, más que como algo que simplemente ocurre.

Mucha gente ha dicho, sin pensarlo, que la vida consiste en aprender a morir. Una pérdida de tiempo, pues no se aprende. Si acaso, uno se resigna, y aprende a vivir con esta perspectiva. Un cierto vértigo y angustia nunca nos suele abandonar, no ante la inestabilidad de morir sino de saber que será imposible sentir haber muerto. Como insistía siempre el Profesor, es difícil pensar en después de la muerte de uno sin una referencia, sin un punto de anclaje, ficticio, a uno mismo. Es una experiencia inaccesible, pues es difícil, por no decir imposible, decía, imaginarla al no haber un sujeto que la experimente. No estamos allí para imaginarla sin nosotros mismos, «Inténtenlo», provocaba a menudo, «y ya verán como siempre aparece un yo, o un rescoldo de un yo, que no debería estar ahí cuando uno imagina su propia muerte».

Pero no hay yo que quede. Salvo que se piense en el alma. La idea del alma, de una individualidad que sobrevive a la muerte, decía el Profesor, es una forma de reducir la incertidumbre que se siente ante la muerte.

Sus investigaciones profesionales a lo largo de varios lustros le habían llevado a la conclusión de que el alma, como algo que sobrevive a la muerte, es una hipótesis que no sirve para explicar nada. No se trataba de algo realmente original como planteamiento. Hay mucha gente, muchas culturas a lo largo de la historia, que no han creído ni creen en una vida después de la muerte. Pero para el Profesor no era cuestión de creencia, sino de apoyar sus ideas en sus investigaciones neurológicas e históricas. Para su visión científica, no había necesidad alguna de un concepto religioso, en el sentido de que el hombre sea alma en cuerpo como señala una parte de la teología cristiana, sino tampoco físico. Cuando Napoleón le preguntó a Laplace sobre la necesidad de dios para explicar el sistema solar, el matemático francés le contestó: «Sire, no necesito tal hipótesis». Tampoco el Profesor, para el alma.

Dicho esto, no era un ateo simple. No era como ese cardenal ya viejo y resabido del chiste que le gustaba contar, que en un cónclave para elegir Papa se acerca a uno de los nuevos y más jóvenes y le pregunta: «¿Y usted sigue creyendo en Dios, o ya conoce el secreto?». El Profesor consideraba que, intelectualmente hablando, el ateísmo vulgar decía poco, incluso sí, como pensara Robespierre, fuera algo aristocrático, para los menos, para los pocos. Hay gente, señalaba, que empieza a pensar que, como tantas otras cosas, llevamos la idea de dios en nuestros

genes, o en nuestros cerebros. Aunque habrá creyentes que piensen que puede que su dios nos haya creado así para poder establecer una relación con nosotros a través de nuestros cerebros. Para el Profesor, solía decir, la idea de dios, sobre todo de un dios personal, tenía mucho de invención humana, Según el Génesis «dios creó al hombre a su propia semejanza». Según Aristóteles, le gustaba recordar, «los hombres crearon a los dioses según su propia imagen», proyectaron su imagen sobre los dioses, y algo así pudo pasar también con el alma. Hay religiones —si así se les puede llamar a algunas de estas tradiciones y formas de pensar— ateas, o sin ningún dios personal, como el budismo culto, el platonismo, el sintoísmo. Eso le interesaba más, aunque nunca llegó realmente a profundizarlo.

En todo caso, consideraba que, incluso en las religiones más asentadas, la idea de dios —o de dioses pues el politeísmo sigue muy presente incluso en el cristianismo con sus santos—, ha evolucionado y sigue evolucionando como concepto. No es algo fijo. Cada cual puede tener una idea de dios distinta. Incluso cada Papa tiene una idea de dios diferente, le había admitido el padre Aljimirot en una ocasión.

En el Profesor había influido bastante el matemático y filósofo Bertrand Russell, que nunca se había declarado ateo, sino agnóstico. «No afirmo dogmáticamente que no hay dios. Lo que sostengo es que no sabemos que lo haya», dijo el británico. Pero Russell estaba mucho más opuesto a la religión como tal, y al cristianismo en particular, que el Profesor. En el panfleto, en el sentido no negativo británico de la palabra, que lanzara en 1927 sobre «Por qué no soy cristiano», y que con tanta atención leyó el Profesor cuando lo recibió en una copia en ciclostil, Russell afirmaba «con total convicción que la religión cristiana organizada como Iglesia ha sido y es aún la principal enemiga del progreso moral en el mundo». El Profesor había encontrado en Russell una apoyatura en el mundo de la ciencia, su mundo, para considerar que «la religión se basa principalmente en el miedo... En el terror a lo desconocido, y en parte, en el deseo de sentir la presencia de una especie de hermano mayor que nos acompañe en todo momento».

Nuestro padre no era anticristiano, aunque no sentía simpatías por el catolicismo, al menos por su influencia en España a lo largo de siglos. Consideraba que en las enseñanzas del cristianismo había dos valores que sobresalían sobre todos los demás: el amor y la compasión. No el amor a un dios ni el amor de ese dios hacia los hombres, para el cual no había lugar en su visión, sino el amor de las personas hacia otras personas, el amor al prójimo, que Hegel, uno de sus filósofos preferidos, también y tan bien reconoció. Eso sí, discrepaba profundamente del cristianismo en la visión del trabajo como un castigo. Pues él pensaba, en línea con cierta tradición socialista, que el ser humano se realiza en buena parte, aunque no únicamente, a través del trabajo.

El Profesor diferenciaba entre la idea de una vida después de la muerte, que rechazó, y el debate sobre el origen del universo y de las cosas, en el que se interesó con cierta profundidad. Aunque sí confiaba en los avances de la ciencia, no creía que ésta llegaría nunca a la última explicación, la última causa, pues los avances iban demostrando que no había última causa, ni gran diseño.

Todo ello tampoco le convertía en un teísta. Él estaba más cerca de la idea de dios de Einstein, que no hacía prescindible la «hipótesis de dios», que prestaba importancia a lo que llamaba el «algoritmo divino». Pero se acercaba más al *en kaipan*. el todo en uno, de los panteístas. Y le interesaba ese concepto que leyó en los *Vedas* por las dudas que introducía: «Sólo ese dios que ve en lo más alto del cielo: sólo él sabe de dónde viene ese universo, y si fue hecho o no creado. Sólo él sabe, o quizás no lo sepa». Puede resultar contradictorio, pero, como ya he

dicho, en realidad, no le interesaba dios. Lo que le interesó desde joven, y desde un prurito científico, fue la idea del alma. Si no hay alma, decía, el concepto de dios se torna intelectualmente interesante, pero inconsecuente para el humano mortal.

Coincidió con Nietzsche en que, al menos en Occidente, la creencia en el alma ayuda a fortalecer la creencia en dios, mucho más que al revés. A menudo se confunden ambas ideas y cuando la gente dice creer en dios, en lo que realmente está creyendo es en una vida —cualquiera— después de la muerte. A ello se ha prestado mucho la Iglesia. Pero los famosos Diez Mandamientos, recordaba, obligan a creer en dios. Hablan de castigo. No de vida eterna. Sí lo hace el Credo de la Iglesia católica, al hablar de la salvación y de la resurrección de los muertos.

Hay religiones sin dios; pocas. Pero hay pocas religiones sin alma, aunque ha habido algunas sectas judías que aun creyendo en un único dios (algo que, pese a lo que se diga, no era consustancialmente judío al principio), no creían en el clima, solía recordar, aunque de dios no habló en sus libros.

Se consideraba, sin embargo, una persona espiritual, no en su sentido religioso, sino laico, aunque algunos no le entendían cuando hacía esta afirmación y planteaba: «¿Qué hay más espiritual que la investigación científica?». Y no digamos ya la matemática, que él no calificaba como ciencia pues la situaba en una categoría aparte.

El Profesor había investigado a lo largo de todo lo que le dejó la vida —exceptuando la Guerra y esta posguerra—, y muy especialmente con su maestro don Santiago Ramón y Cajal, el cerebro y la mente. Sus propias investigaciones científicas, e incluso culturales con la ayuda de su gran amigo el antropólogo Julio Gual, le habían llevado mucho más lejos, hacia la conclusión de que el alma no sólo no servía para explicar nada, que no es lo mismo que pensar que no servía para nada, sino que había sido uno de los mayores inventos históricos del hombre. Una invención genial pero, a diferencia de otras, sin base alguna, aunque con consecuencias. Pues no es lo mismo haber nacido con una idea del alma preponderante en el medio social, que sin ella. Como había dicho Russell de la idea de dios: «La mayoría de las personas cree en dios porque se les ha enseñado desde la más temprana infancia a hacerlo, y ésa es la razón principal». Lo mismo ocurre con el alma, según el Profesor.

Cuando una idea se convierte en una creencia con predominio social, entonces incluso los que no creen se comportan a menudo como si creyeran. Pero el Profesor les insistía a sus amigos: no os preocupéis. Del otro lado no hay nada. Y además no os vais a enterar de que no hay nada pues ya no seréis nadie para enteraros. E insistía en la inversión de la carga de la prueba: son los que creen en el alma los que deberían demostrar su existencia. Aunque él se esforzó por lo contrario, en su afán de luchar contra las creencias sin fundamento.

«El alma es una ilusión», solía afirmar. Rechazaba las pseudoexplicaciones basadas en los casos de casi muerte, extrasensoriales y otros, Pero su base no había sido este rechazo, sino sus investigaciones en neurología, ciencia a la que auguraba un enorme futuro que cambiaría la humanidad.

La hipótesis innecesaria —concepto que hasta entonces solían aplicar los ateos a la idea de dios, no a la casi más importante, del alma— había sido el título del libro que había publicado en 1934 y tenido una amplia repercusión en España e incluso fuera. Cosa rara en un libro de un científico español —o de cualquier español—, se había traducido al francés, al alemán (en la Alemania nazi, descreída) y al inglés. Era un libro de divulgación científica, como en aquella época hacían los grandes, y algunos más pequeños, investigadores, para empezar el más genial de

ellos, Albert Einstein, profusamente traducido en España y en Argentina, El Profesor se había basado en investigaciones propias, que había ido publicando en revistas para especialistas, y de otros científicos. Contra sus investigaciones no había chistado demasiado la Iglesia católica. Pero un libro de divulgación sobre este tema había atraído los dardos eclesiásticos, tanto desde España como desde el Vaticano. Pues era peligroso. El Profesor sabía que se enmarcaba en una tendencia mal recibida por algunos sectores más intransigentes. Pero aplicaba aquel principio de su maestro Cajal de que «si quieres dejar algo fuerte y justo ten la hidalguía de escribir como si ningún contemporáneo te fuera a leer». Sin embargo, le leyeron. Algunos que coincidieron con él. Y otros que discreparon y rechazaron su tesis y sus fundamentos.

El Profesor intentó demostrar que nuestras mentes, producto del cerebro avanzado, se pueden explicar por las leyes de la física, por la interacción de células nerviosas y otras, las moléculas asociadas a ellas, y con el cuerpo. Son química y electricidad, son átomos y partículas, y, naturalmente, psicología, que también tiene una base atómica, no inmaterial, pues consideraba que la idea de algo propio, de un yo, un sí mismo —que algunos llaman alma, término que el Profesor no utilizaba en este sentido—, existe como pauta única que representa la esencia de cada persona, aunque pueda cambiar a lo largo de la vida y no ser inmutable. O como le gustaba decir a su amiga María Zambrano, «entre la naturaleza y el yo del idealismo queda ese trozo del cosmos en el hombre que se ha llamado alma». Pero no era ese el concepto de alma que ponía el Profesor en tela de juicio.

Para el Profesor, en línea con el psiquiatra y neuroanatomista suizo Auguste Forel, muerto dos años antes de que su libro saliera a la calle, «el alma y la actividad del cerebro vivo son lo mismo». El alma es el cerebro vivo. Pero una vez muerto, insistía el Profesor, no queda nada. O mejor dicho, quedan átomos que pasan a ser otra cosa. Y para la afirmación contraria, de que sobrevivía algo en forma de alma, no había base alguna, salvo la pura creencia, la fe ciega, o el rechazo a pensar que el ser humano es menos de lo que pretende ser.

Algunos, criticó en su libro, se han dedicado incluso a «pesar el alma», a pesar al vivo antes de que muera y volver a pesar el cuerpo una vez muerto, para encontrar una diferencia de gramos o de miligramos. Un esfuerzo inútil que tiende a volver una y otra vez, que el Profesor había despreciado con rotundidad científica, y que los religiosos tampoco aceptaban. A principios de siglo un tal doctor Ducan MacDougall, de Haverhill, Massachusetts, en los Estados Unidos, había experimentado con moribundos. Pesó a seis pacientes moribundos, y después de muertos. Aunque sus datos variaran de un caso a otro, la media de la pérdida de peso que había registrado dio 21 gramos, cifra que se ha quedado como uno mito con cierta fuerza.

La hipótesis había salido poco después de la novela corta de don Miguel de Unamuno *Don Manuel Bueno, mártir*, que aunque llegó a la letra impresa anteriormente en una revista, se publicó en forma de libro junto a otros relatos en 1933. Que se sepa el maestro de Salamanca no había seguido las investigaciones del Profesor ni tampoco demasiado las de su maestro don Santiago. Don Manuel Bueno era un sacerdote de pueblo que no creía ni en el alma ni en una vida posterior, pero seguía haciendo como que sí porque consideraba la creencia buena para los demás y la sociedad. Y algo así, como ya he indicado, pensaba a veces el Profesor del alma pues consideraba que creer en el alma podía servir, no a dios, sino a los hombres y mujeres.

3

Dado el deterioro causado por los estragos de los últimos días, los hijos, de mutuo acuerdo con nuestra madre, decidimos no embalsamarle ni mostrarle, y así se lo pedimos a los de la funeraria que habían acudido prestamente tras nuestra llamada. Uno de los que vinieron a dar el pésame, de más edad que los demás, en un tono de exigencia preguntó por qué no se le había tomado una máscara mortuoria en yeso, como se hacía a menudo con gente conocida, lo que consideramos una intromisión intolerable y hasta dolorosa.

Al poco de conocerse la muerte del Profesor, el piso de la calle Zurbarán, a escasos metros de La Castellana, la vía que suple el río inexistente en esa zona de Madrid, se había ido llenando en una tertulia improvisada en el amplio salón con dos grandes sofás, varias butacas y un sinfín de sillas traídas del comedor y de otras partes de la casa, con el humo de los cigarrillos y algún puro impregnando todos los rincones. Doña Candelaria entraba y salía de la sala y dos criadas le ayudaban con el agua, el vino y comida que hubo que preparar, pues aunque se llevan los ágapes tras los funerales, no es lo habitual en los velatorios. El padre Aljimi, probablemente temeroso de verse involucrado en unas conversaciones que no le convenían, se había marchado y no había regresado, y al tímido padre Ulpiano algo debió retenerle, o tampoco consideró apropiado pasar por allí.

Don Julio había sido un complemento perfecto para el Profesor. Pues si uno tenía los conocimientos neurológicos, el otro le introdujo en el estudio de los textos históricos y la exégesis de la llamada Historia Sagrada. Le había enseñado que las religiones también tienen vida. Nacen, a menudo no se sabe muy bien cómo, se transforman, y mueren, normalmente de inanición, porque otras llegan y las desalojan o porque son derrotadas en guerras. Pero, insistía, ninguna ha resuelto a plena satisfacción la cuestión del alma, quizás porque no puede haber solución satisfactoria.

Era don Julio, como hemos dicho, el que años atrás había convencido al Profesor de que el alma, tal como se la suele entender como ente, ser o cualquier cosa que sobrevive a la muerte, vaya a donde vaya o se reencarne, es uno de los grandes inventos, con diversas modalidades, de la Humanidad. Y así lo recordó de nuevo esa larga tarde, larga por la época del año. y larga por las conversaciones.

El Profesor le tuteaba e incluso en familia le llamaba Julito. Había sido una de sus escasas amistades auténticas. En esta España, y especialmente en Madrid, se confunde demasiado a menudo al amigo con el conocido, y se olvida la enseñanza de don Santiago de que «se tienen muchas ideas y pocos amigos o muchos amigos y pocas ideas». Aunque la relación social sea parte de nuestra naturaleza, como lo es el pensar. Hay personas esencialmente relacionales, y otras reflexionales, repetía a menudo el Profesor. La conjunción de ambas cualidades —pues ambas son

cualidades— se da en pocas ocasiones.

El hecho de que nuestro padre hubiera tejido una red de amigos y de discípulos hubiera podido indicar que era un hombre de relaciones. Y sin embargo, no era el caso. Era, esencialmente, un hombre de reflexión. Como don Julio, antropólogo que desde una temprana edad apuntó ya como sabio, por su cabeza e inquietudes, y por su prodigiosa memoria que todo lo retenía, paisajes, conversaciones, charlas y lecturas. Un problema de salud le había librado de tener que participar en la Guerra y, posteriormente, de haberse tenido que incorporar al servicio militar del bando vencedor. Pero era un proscrito. La universidad le rechazó como profesor tras la contienda, y gracias a que su familia tenía algún dinero, había podido evitar tener que dedicarse a otros campos, o haberse marchado al exilio como tantos otros. Se había ido labrando una gran fama como erudito y conferenciante. Siempre con sus pajaritas y su sombrero algo ajado, su tono monocorde pero lleno de socarronería, su ligero acento menorquín, solía ir por casa del Profesor los sábados o domingos, desde que se conocieron en el año 30, Ambos se encerraban para discutir sin fin. Y a veces, nosotros, los hijos, asistíamos a esas conversaciones apasionantes por lo que aportaban de erudición y de especulación.

Don Julio no había escrito nunca sobre la cuestión que tanto interesaba al Profesor, no había pisado jamás un seminario y era refractario a la misa, pero se había volcado en la historia de las religiones, o las historias de las religiones, y, sobre todo, en la cristiana, y dentro de ésta, la católica. Una de sus lecturas favoritas era la Biblia, cosa rara en un español, pues en este país en el que en los últimos tiempos se habían enfrentado creyentes en una fe y no creyentes, la Iglesia no había empujado nunca a la lectura del libro de libros, sino que prefería explicarla ella misma a los fieles. Esta fue una pasión a la que arrastró al Profesor, lo que le permitió a éste avanzar en sus estudios completando la parte neurológica con la historia y sus textos. Y ahí encajó perfectamente la idea de la invención del alma.

«Hay tanto que se refiere al ser humano que es inventado, incluso más que descubierto, que es cultura», señaló Goytisolo desde una de las butacas en el salón. Era un joven historiador que prometía. «Los principales conflictos humanos surgen, además de la lucha por la defensa de intereses materiales concretos, también por lo inventado, llámese mito o símbolo. La gente en la historia se ha matado por piedras a las que otorgaban un valor, y seguirán haciéndolo», afirmó.

«El salto de la invención a la transmisión humana, es esencial. No es lo mismo la existencia del alma que la idea de la existencia de un alma», dijo don Julio. «Especialmente si una vez inventada se ha hecho socialmente necesaria. Lo apuntó el Profesor en el último capítulo de *La hipótesis*, en línea con lo que había ya afirmado Charles Darwin en *La descendencia del hombre*, de que la religión y las cualidades morales son características sociales importantes del ser humano, cualidades que también han evolucionado pues no sólo evoluciona la carga genética, sino también la cultural».

«Algunos llaman a esto homeostasis sociocultural», interrumpió Goytisolo en tono algo pedante.

«Sí», recogió don Julio, para recordar que «una vez adoptados, cuesta mucho libramos de los conceptos recibidos y muy especialmente, de este invento. No todas las civilizaciones lo tienen, además», prosiguió. «Así, los japoneses son muy espirituales, muy volcados sobre el culto a los antepasados. Son incluso creyentes en espíritus y diablos, pero muy pocos de ellos están ligados a una idea de una vida tras la vida, aunque tengan un cierto concepto de alma. *Tama*, lo llaman, o *Tamashii*, lo que tiene que ver con las rocas, o el viento».

«Y que no se diga», insistió don Julio, con voz firme aunque no fuerte, «que el culto a los antepasados —tan omnipresente— implica la creencia en la vida después de la muerte. No. Está desde los principios de la humanidad. Sí. Y es verdad que en el culto a los muertos ha habido a menudo el temor a que vuelvan de la ultratumba para perseguir a los vivos. Pero el culto a los antepasados responde esencialmente a una idea de la familia o de la colectividad, espiritual sí, pero no necesariamente transcendental».

Don Julio y el Profesor habían coincidido en esta forma de pensar desde hace años. No había lugar en sus tesis y en sus investigaciones para un concepto de alma como algo que pervive tras la muerte. No les servía para explicar nada. Ni nada servía para fundamentar su existencia. Sólo servía, como idea, para calmar los temores y esperanzas de los seres humanos, esperanzas más para la vida que para la muerte, en que resulta inútil, pensaban ambos. Sólo servía como fe. No como ciencia. Si acaso como forma de consuelo tan necesario para el ser humano.

El libro, además de su tesis central sobre el alma, desarrolló su idea de que el cerebro se adapta, pero no de forma evolutiva sino en vida, a la cultura y ésta se adapta al cerebro, como pasa con la lectura, lo más artificial y más antinatural del ser humano. Se trata de un proceso que el Profesor había bautizado como «reciclamiento cortical». Lo veía en parte responsable de la idea común del alma e incluso de la religión y sus sistemas, y de la cultura en general. Esperaba que en unas décadas la ciencia pudiera avanzar lo suficiente para demostrarlo, recordó el doctor Ginés, un joven neurólogo que empezaba a destacar. Ahora bien, si el Profesor rechazaba la idea del alma, o mejor dicho la consideraba inútil y sin base alguna, no pensaba lo mismo de la del espíritu, y desde luego de la mente. Pero sin cerebro, ni el espíritu ni la mente podían existir, Y sin cuerpo tampoco era posible, pensable, el cerebro ni la conciencia, por mucho que algunos escritores de ficción se empeñen en ello. Compuestos químicos, de los que depende la conciencia, había insistido el Profesor, se encuentran en todo el cuerpo. La conciencia no está sólo en el cerebro.

Don Julio de vez en cuando iba leyendo algunos pasajes de lo escrito por su amigo fallecido, ya fuera en libros publicados o en otros textos que no habían visto la luz pero que el Profesor le había hecho llegar en vida y él había traído para esta velada.

«La existencia del alma aparece en diversos momentos de la historia. Pero no en otros», resumió don Julio. «Está en el *Libro de los Muertos* egipcio, una guía para transitar hacia la otra vida. De ahí salta a Sócrates, a Platón y de forma diferente a Aristóteles, y antes al pensamiento hebreo, alejandrino y llega después al romano, Y ya. con el alma inventada, la historia cambia. Nunca volvería a ser igual. Es verdad que algunas religiones ponen menos énfasis en la vida tras la muerte. Para parte de los primeros cristianos, el alma existía, pero no era algo inmortal. Y durante tiempo siguiendo a Aristóteles, algunos cristianos consideraron que la mujer, a diferencia del hombre, no tenía alma. Pues también en esto del alma ha habido mucho de machismo y de dominación», recordó el antropólogo.

«No hay que pensar que haya de remontarse uno muy lejos para buscar este tipo de pensamiento», añadió Goytisoló, «Cuando la esclavitud fue suprimida en España hace escasamente sesenta años», recordó, «aún circulaba de forma amplia la tesis de que algunos hombres y mujeres, esclavos claro, carecían de alma».

«Freud, que murió hace nueve años en Londres, aceptaba la identidad, el yo, el sí mismo, pero no creía que hubiera ningún *ghost in the machine*, como dicen los ingleses, ningún fantasma en la máquina, aunque en alguno de sus escritos hablara del “alma humana” —que había cambiado o

progresado desde los tiempos primitivos— y del aparato anímico del ser humano», señaló el doctor García Junquera, un psiquiatra de mi edad. «Hay una identidad que se forja con los años y va cambiando; hay incluso una base biológica para esa identidad, pero eso no significa pervivencia ni de la base ni de la identidad después de la muerte. De hecho, Freud había sido en algunos aspectos aún más radical que el Profesor. Para el vienes nuestro subconsciente no cree en nuestra propia muerte; se comporta como si fuéramos inmortales. Aunque él tenía un concepto de la religión más ligado a la idea de su necesidad para soportar la vida, y a la figura de dios como superación de la figura del padre».

«El alma es un concepto fácil de inocular y re—aprender en cada individuo, en cada generación, pero no es innato», consideró Ginés, «aunque el Profesor pensaba que podía haber algo de genético, cerebral claro, en el sentido religioso de los seres humanos, en el vértigo ante la nada. El sentido de temor y asombro ante la naturaleza sí es probable que esté genéticamente incrustado en nuestros cerebros, había señalado en *La hipótesis*, y posiblemente provenga de la necesidad de emociones para la vida cotidiana».

«¿Realmente?», preguntó Goytisoló con un ligero toque de escepticismo. «¿Y creía el Profesor que había una propensión genética, es decir incrustada en nuestros cerebros, a la religión, a dios, o al alma, como empiezan a apuntar algunos?»

«No, Él escribió que no hay una propensión incluso cerebral o genética, o psicológica, del hombre a la vida tras la muerte, a un sentido religioso. Pero aunque muchos lo discuten, sí puede haberla para una base moral», contestó don Julio. «Según el Profesor, es de nuestro cerebro y de nuestro entorno cultural, y de su interacción, de donde salen la religión y la moral. Como otras cosas recurrentes a través de las culturas, entre otras, el lenguaje, la escritura, la mitología. Incluso el matrimonio o la pareja pueden tener que ver con nuestras estructuras cerebrales. Y, ¿por qué no? también la religión, y los sentimientos, que igualmente cambian con la cultura, evolucionan, como evoluciona la idea de dios o del amor».

«Una pluralidad de sistemas morales es posible, cuando se mezcla lo genético con lo adquirido, pensaba el Profesor», señaló don Julio. «Ayudar puede ser una propensión innata, pero no explicaría la violencia y la guerra, los horrores que hemos vivido en España y en Europa en los últimos años. Claro que una cosa es lo individual y otra lo colectivo. No hay un cerebro colectivo, aunque hay cuestiones colectivas que surgen del cerebro y otras que se meten en el cerebro, algunas esenciales para sobrevivir».

«No es que dios o el alma estuvieran en el cerebro de cada cual, pero la idea, su intuición, era que podía estar en alguna red neural, como hubiera dicho Cajal de no haber sido creyente, y que tampoco creía en el cerebro como algo dado e inmutable, pues consideraba que “todo hombre puede ser, si se lo propone, el escultor de su propio cerebro, algo que el Profesor se había aplicado a sí mismo a lo largo de su propia vida», añadió.

«Ahí está la idea de psique griega», siguió don Julio. «El mito de Psique, tan bella, a la que Júpiter concedió la inmortalidad, aunque acabó cayendo bajo el influjo del amor. Su *descubrimiento* fue una de las más importantes aportaciones de Sócrates y Platón».

«Pero se presta a interpretaciones», interrumpió Goytisoló. «La psique es la fuerza vital, no lo que queda después de que la vida ha cesado. No hay nada en esos textos sobre el tiempo, ni sobre el final del tiempo o de nada. Está en el sueño de Aquiles cuando se le aparece la psique de Patroclo muerto. Pero es eso, un sueño. Incluso antes, en los babilonios, como en el relato de *Gilgamesh*, anterior en más de mil años a la *Iliada*, hay una cierta idea de la inmortalidad, de los

dioses, pero respecto a los humanos, el muerto se queda para siempre en la oscuridad del inframundo donde come polvo. Eso no es ni alma ni vida eterna, aunque alguna identidad se mantiene. Es, simplemente, lo que hay después de la muerte. Un estar, no un ser».

«En la *Iliada*», prosiguió Goytisolo, «ni siquiera hay eso que ahora llamamos conciencia, y menos libre albedrío».

«A este respecto, la distancia entre la *Iliada* y la *Odisea*», señaló don Julio, «es inmensa. Entre ambas —pese a su atribución a un mismo Homero, que no fue tal— debió pasar algo importante, la aparición del concepto de conciencia, en el sentido de ser consciente, no de estar consciente —¡qué buena lengua la nuestra que diferencia entre ser o estar!—. La conciencia es otro de los grandes descubrimientos del ser humano».

«Efectivamente, ésta no es una invención, sino un descubrimiento, aunque realmente aún no sepamos exactamente cómo definirla», señaló el doctor Castilla, uno de los jóvenes médicos que siguió al Profesor tras la Guerra. «La conciencia tiene mucho que ver con el uno mismo, pero poco que ver con el alma, aunque a menudo se confunden los dos conceptos».

«Una larga guerra, la guerra del alma, que lleva durando 2.500 años, empezó en Grecia en el siglo IV antes de Cristo y finalizó con el triunfo del cerebro en el siglo XIX³, escribió el Profesor, aunque la frase no era suya», prosiguió don Julio. «Y al Profesor, como a su maestro Cajal aunque fuera de forma no intencionada, le debemos mucho en el siglo XX en esta victoria. Claro que al ver lo que está pasando en España, cabe pensar que la victoria ha sido de otros, no precisamente de los que se dedicaron a las incipientes ciencias del cerebro, o, simplemente, a la ciencia. En cuanto a la Biblia casi la mitad del Antiguo Testamento no conoce una vida después de la muerte digna de ese nombre. El alma, como el Guadiana, aparece y desaparece en la Biblia», señaló don Julio. «En el Génesis, dios la insufla a Adán para darle vida. En el libro de la Sabiduría el cuerpo es distinto del alma imperecedera. El Antiguo Testamento —en el Nuevo es una cuestión compleja— no entra hasta tarde en la historia aún llena de incertidumbres sobre su redacción, en la vida después de la muerte. Responde más bien a la enseñanza oficial de los rabinos, refleja lo que los sacerdotes querían que la gente pensara y practicara, no tanto lo que la gente de esos tiempos creía. En el Eclesiastés, aunque también escrito en varias épocas y por varios autores pero uno de los libros sapienciales más recientes y que por ello resulta más chocante, no hay vida eterna. Incluso las menciones a dios son escasas. «El Eclesiastés», señaló don Julio, «era una de las obras favoritas del Profesor, que la consultaba casi a diario, aunque prefería leerla en inglés, en la algo arcaica pero inigualada versión de la Biblia del Rey Jaime que coincidió con el esplendor de la literatura inglesa. En ese maravilloso texto hay mucha vida terrenal, mucha muerte, mucho sufrimiento y mucho disfrute. Pero no se usa alma en su sentido cristiano. Quizás por aquel primer aviso del libro de “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”. El Profesor siempre había pensado que a muchos hombres les había faltado humildad, y les había sobrado vanidad, una vanidad que, es verdad, deriva en parte de la angustia de la muerte. Pues ¿no es la primera humildad no creer en la inmortalidad de ningún tipo, y la mayor vanidad pensar lo contrario? Y es que el concepto del alma está ligado a ese anhelo de la inmortalidad. Pero el objetivo de la vida no puede ser la eternidad».

La conversación, animada por los caldos y por la tristeza, fue derivando cada vez más hacia cuestiones religiosas, que algunos de los presentes, como el propio don Julio, consideraban más fáciles de seguir que los arcanos de la neurociencia, Y como no había teólogos ni sacerdotes presentes, no sintieron ningún complejo a la hora de abordar cuestiones que, en otras

circunstancias y con otra concurrencia, hubieran sido anatema.

«El cielo», retomó Ginés, «también es otro invento humano, como no podía ser de otro modo. El lugar a donde se va, la gratificación por haberse portado bien, pero también a menudo donde se suprime el ser, la conciencia, la identidad. Del cielo, Confucio prefirió no hablar, aunque sí hablara del alma. Y la idea de infierno ha acompañado a muchas culturas, pero no existe en todas las religiones que creen en una vida después de la muerte», recordó. «Aunque es curioso: la idea del infierno parece a veces anteceder a la del cielo, o a la del alma propiamente dicha. Incluso a la de dios. Quizás el infierno acompañe al cielo en esa dualidad que parece tan humana, entre el bien y el mal, los ángeles y los demonios —siempre tan presentes—, o el *yin* y el *yang*. En muchas religiones hay un inframundo que se asemeja a la idea del infierno cristiano antes que a una idea del cielo. Entre los griegos el Hades, el infierno o el dios de los infiernos, no hace su aparición hasta unos cientos de años antes de nuestra era, y de hecho el infierno surge antes que el cielo, reservado éste a los dioses. También hay mucho debate sobre el infierno incluso entre los cristianos».

«Algunos cristianos», dijo Goytisoló retomando este hilo, «sostuvieron al principio que el infierno existía pero que no podía ser eterno, y que incluso los demonios se salvarían. Pero tal posición fue declarada herética en el año 543. De hecho, entre los anglicanos el infierno se suprimió hace poco, dejaron de tener que creer en ello, en la condena eterna, no porque los doctores de esa Iglesia así lo decidieran sino porque lo ordenó el *Privy Council*, el consejo privado de la Reina que es su cabeza formal».

«Para Hegel, el infierno era quedarse de forma eterna uno solo consigo mismo», añadió Ginés. «Pero en estos tiempos, el infierno son los otros, como dice desde Francia el muy prohibido, aquí, filósofo Jean Paul Sartre, en su obra *Huis Clos (A puerta cerrada)* que se estrenó en París hace cuatro años, tras la Liberación. Tengo una copia del texto en casa. Os la pasaré, si os interesa».

«¿Y el purgatorio?», inquirió otro de los presentes.

«El purgatorio, un lugar intermedio entre cielo e infierno, es en el cristianismo una invención relativamente reciente, del siglo XII, aunque no se fija hasta los concilios de Florencia, a comienzos del siglo XIV, y en el de Trento, ya en el siglo XVI, y no es tampoco aceptada por los protestantes», señaló don Jubo. «Algunos teólogos lo ven como un castigo temporal. Otros, cristianos heterodoxos, limitan el Purgatorio al momento justo antes y después de la muerte. El Islam también tiene un lugar entre cielo y tierra, entre muerte y resurrección. Se llama *Barzaj*. Pero es otra cosa. Como otra cosa es el cielo de los musulmanes. El concepto de limbo es otra invención a la que la Iglesia tendrá que acabar renunciando, pues incluso para ella no tiene mucho sentido», insistió don Julio.

«La religión pertenece esencialmente, además de al campo social, al de las emociones y al de los sentimientos. No hay conciencia sin sentimientos. Estos se esconden en nuestro pensamiento racional, son atajos de la razón y una parte esencial de ella», terció Castilla, algo cansado de estas disquisiciones, para reanudar con un viejo tema en el que tanto había insistido el Profesor y que él pretendía poder un día seguir. «La religión tiene una alta carga emocional. Así lo pensaba el Profesor y estaba en lo cierto. El ejercicio de los ritos, también. El rezar antes de comer, agradeciendo a dios lo que está en la mesa, vincula la experiencia religiosa con el placer de comer».

«Charles Darwin, ahora tan denostado entre nosotros pero cuya estatura científica va creciendo a pesar de la oposición del pensamiento religioso ultra cristiano, no sólo escribió *El*

origen de las especies, sino también un libro importante que tituló *La expresión de las emociones en los hombres y los animales* y en el que se inspiró el Profesor», recordó Castilla. «Darwin apuntó cómo podemos experimentar a la vez emociones múltiples y cómo disponemos de múltiples sistemas de respuesta emocional. Pero mucho antes que él. David Hume fue el primer filósofo moderno que aseguró que hacemos juicios morales en base a respuestas emocionales a situaciones, mientras Platón, uno de los primeros responsables del dualismo mente—cuerpo que ahora nos está costando tanto superar, veía tres fuerzas que mueven al hombre: la mente o razón, la emoción y el deseo».

«Efectivamente», entró de nuevo don Julio, «no se entiende la fuerza de la religión sin las emociones, como tampoco de la idea de la muerte, “origen de la vida y naufragio de la misma”¹¹. En tomo a dichos conceptos primordiales giran religión y filosofía, solía decir el maestro Ramón y Cajal».

«¿Y el pecado?», intervino de nuevo el que había hecho la pregunta sobre el Purgatorio. «¿Hay religiones sin idea del pecado?»

«El pecado es esencialmente emocional, aunque tiene una dimensión de cálculo de racionalidad, y de una u otra forma está en muchas —no todas— las religiones, en el sentido de que el destino del alma después de la muerte viene determinado por los comportamientos del individuo durante la vida», contestó don Julio. «Suele ir acompañado de la idea de salvación. De salvación de las almas, de la muerte, del yo impuro, del pecado personal, además de. para muchos cristianos, el pecado original. El concepto de retribución por lo hecho en vida está en casi todas las religiones, tanto o más como el de castigo por las malas obras. Pero para que valga algo, es necesaria el alma».

Poco a poco la conversación fue languideciendo. Las citas cultas, el recuerdo de los escritos del Profesor, los grandes temas se fueron difuminando. Y la gente acabó hablando de todo un poco. Así fue terminando una velada triste en el piso de Zurbarán, mientras nos disponíamos para el entierro y el funeral.

4

Doña Candelaria, nuestra madre, presidió el funeral religioso, cuya celebración constituía otra derrota para el Profesor tras su muerte, aunque ya en vida había aceptado la inevitabilidad de tal rito, que tanto tenía de social. Para el entierro no habíamos podido encontrar un féretro sin cruz. Las funerarias no disponían de él, o no lo daban salvo a los de otras confesiones. No había féretros sin cruz para no creyentes. Y además, como bien se encargó de recordarnos el padre Aljimiro, el Profesor había sido bautizado, lo que le convertía en cristiano y católico fuese cual fuese su voluntad.

Tampoco podía sorprendernos en esta España en la que la Iglesia, si es que alguna vez realmente lo había perdido, había recuperado, e incluso acrecentado, su poder. Pronto, tras la victoria de los nacionales, e incluso antes en las zonas que fueron conquistando, el Nacional Catolicismo se había impuesto y en particular la ACNP, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, empeñada en una labor de lo que llamaban recristianización de España, que el Profesor siempre temió que nos alejara más de Europa y de la valoración de la ciencia. Recordaba cómo en 1945, justo al serle ofrecida la cartera de Asuntos Exteriores que habían ocupado antes Serrano Súñer y el militar Francisco Gómez Jordana, Alberto Martín Artajo había acudido a Toledo para recabar del Cardenal primado la autorización para aceptarla. Éste le apoyó de manera entusiasta, pues el antiguo redactor de *El Debate*, sucesor de Herrera Oria al frente de Acción Católica, de la que ya en 1936 era vicepresidente, era uno de los suyos, Martín Artajo había trabajado en la redacción del *Fuero de los Españoles*, por encargo de Fernando María de Castiella, propagandista, miembro también de Acción Católica y director del Instituto de Estudios Políticos. Era un incondicional que aunó la bandera del ultracatolicismo junto a la del anticomunismo radical, lo que le sirvió para intentar cambiar algo su fachada y permanecer. ¿No había dicho Martín Artajo que «la Kominform sigue viendo en España uno de los pocos adversarios que cuentan de verdad en la lucha contra el comunismo»? Ahora tenían que verlo los aliados occidentales, vencedores en una parte de Europa. El nuevo ministro de Exteriores se postuló desde el principio como un firme impulsor de una apertura hacia fuera. Los esfuerzos para el Concordato con la Santa Sede estaban ya en curso y a ellos respondió el nombramiento de Joaquín Ruiz Jiménez, entonces director del Instituto de Cultura Hispánica, como embajador en el Vaticano.

En el citado *Fuero de los Españoles* se había empezado a hablar de democracia, pero a nadie engañaba, pues se la describía como «orgánica» y nada tenía que ver con la democracia que habíamos conocido, brevemente, con la República, ni siquiera con la limitada de la Restauración, y desde luego lejos de la que ahora estaban restableciendo muchos países europeos, por no hablar

de los que la habían preservado, como los siempre ejemplares británicos.

Otro puntal de la catolicidad del Régimen, José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional, se había propuesto catolizar la enseñanza a todos los niveles. No se trata sólo de educar, sino de adoctrinar, Y la influencia del adoctrinamiento, pensábamos en casa, perduraría mucho más que la vida misma de los que impulsaron estas formas. Las más intelectualmente dañadas serían las generaciones siguientes, que no podían haber vivido la edad de oro de la intelectualidad española que interrumpió repentina y trágicamente la Guerra Civil, y se estaban formando en un entorno no sólo represivo, sino mediocre. «Estos vientos integristas que soplan desde el Ministerio de Educación», comentó en varias ocasiones el Profesor, «no permitirán ni que vuelva a la Universidad, ni siquiera que se me rehabilite para poder cobrar una pensión. Y me tengo que olvidar de reeditar *La hipótesis*, aunque espero que al menos me dejen publicar los libros de texto que estoy actualizando».

La esperanza para quien era, antes que nada, un científico apasionado por su ciencia, se alejaba. En 1947 se había aprobado, con una nueva farsa de referéndum, la Ley de Sucesión que había definido a España como «Estado católico y social que, de acuerdo con su tradición, se constituye en Reino». Franco empezó a preparar con mucha antelación lo que él pensaba podía ser su después, intentando ganar apoyos en el camino para su ahora. Un ahora de sí mismo pues lo único claro es que él no se iba. Tras la Ley de Sucesión, en agosto —ya había fallecido el Profesor— Franco se entrevistó con don Juan de Borbón, el hijo de Alfonso XIII y sucesor en la línea dinástica, a bordo de su yate *Azor*, y poco después, el príncipe Juan Carlos, a sus 10 años de edad, abandonó Lisboa para venir a estudiar a Madrid.

Nada más morir el Profesor, habíamos puesto la correspondiente esquila —no nos dejaron ponerla sin cruz y sin las correspondientes referencias religiosas al uso— en el mismo *ABC* que le dedicó, al día siguiente, una necrológica corta, muy crítica y despectiva, firmada con unas simples iniciales, R. A., tan sólo recordándolo como un discípulo descarriado de Ramón y Cajal. Pero el autor se había permitido afirmar que el Profesor había recibido los Santos Sacramentos «a petición propia», como para recalcar que al final, ante el miedo a la muerte, todos acaban volviendo al redil de la Iglesia, como había proclamado el padre Aljimi.

Amigos, alumnos y discípulos del Profesor acudieron al funeral en la parroquia de San Manuel y San Benito, cercana a la Puerta de Alcalá. El recinto se llenó de gente y de silencio. El único que habló fue el padre Aljimi para, como en tantos funerales, afirmar la muerte como regocijo pues al alma la esperaba dios en el cielo, aunque en su fuero interno seguramente el propio sacerdote no estuviera nada seguro de ello.

Pese a haber quedado sumamente acongojados por la pérdida, los dos hijos habíamos vivido la muerte de nuestro padre, tras meses de sufrimiento, como una liberación para él. Pero en nada sentimos el regocijo de que habló Aljimi. Y cuando empezaron a desfilar conocidos y desconocidos para despedir el duelo en la iglesia, se nos acumuló el dolor, que ya habíamos vivido en el entierro, de saber que nunca más le volveríamos a ver, nunca regresarían a aquellas conversaciones sobre política, religión y ciencia que tanto nos habían embelesado, a nosotros y a los amigos, pues nuestro padre era no tanto un ameno conversador como un agudo polemista, culto que sabía sacar las citas precisas sin pedantería, y explicar los arcanos de su ciencia, además, con un gran sentido del humor y una fuerte risa contagiosa que le había ayudado, tantas veces, a sobrevivir y a nadar a contracorriente.

El Profesor, por compañerismo hacia su mujer, la había acompañado casi todos los domingos

a misa. Aunque no escuchaba mucho, ni sabía suficiente latín para seguirla, sí se conocía, como tantos, de memoria algunos pasajes que había oído desde pequeño. Pese a su incredulidad religiosa, siempre había sido, curiosamente, un hombre superficialmente supersticioso, que no dejaba de leer un horóscopo cuando caía en sus manos. Escorpión, también seguía siempre las recomendaciones correspondientes a Aries, porque le divertía comprobar que también le iban las dedicadas a este signo. O a cualquiera. «Los horóscopos no suelen entrar en la muerte», observaba, «al menos en la muerte propia, aunque a veces hablen de muertes próximas». Colmo de la superstición, o producto de una manía, iba contando las baldosas por la calle en sus paseos, pensando que si salían impares le iba a ir bien, y pares mal, y dando significado al número total entre una marca y otra. Curiosa numerología para un científico, más propia del pensamiento mágico. En el fondo, no lo creía para nada. Pero así se distraía en sus caminatas que a menudo podían llevarle por todo Madrid, desde su calle de Zurbarán a Sol, o a ese Chamartín que se iba poblando. También le encantaba dejarse engañar a conciencia en el Tarot por esos echadores de cartas que deambulaban por el centro o el Retiro.

Casi todo el mundo ha experimentado ante el fin de personas allegadas, cómo, con su muerte, éstas se llevan no sólo la vida, su vida, con sus experiencias, sino demasiadas respuestas a preguntas que nunca les hicieron, ni los amigos, ni los discípulos, ni siquiera los hijos para los que los padres suelen ser, aunque estuviéramos tan próximos como en este caso, unos grandes desconocidos. Los padres son mayor misterio para los hijos que al revés. Los padres conocen mejor a sus hijos que éstos a aquellos, pues han pasado por esas edades antes y les han visto crecer y evolucionar. Aunque siempre les sorprende a los vástagos tal hecho, y el desconocimiento de las personas con las que han pasado tanto tiempo, Pero ya era tarde. Siempre es tarde.

Ni alto ni bajo, nuestro padre había sido un hombre apuesto, ya desde sus cuarenta de pelo gris tirando a bastante blanco y escaso con grandes entradas. Ojos azul claro, frente a los marrones de nuestra madre, con una mirada penetrante, que fascinaba al interlocutor. El Profesor tenía una nariz varonil bastante protuberante que con la edad le creció algo. Durante años había llevado un bigote poblado, no uno de señorito. Cuando murió, la enfermedad le había deteriorado. Había perdido peso. Los pómulos le sobresalían y resaltaban aún más su penetrante mirada, que se le dulcificó. El bigote le crecía más salvaje, pese a que doña Candelaria se lo cuidase casi a diario.

No escapó a los rumores que circularon con insistencia durante la República, y ya con cierta peligrosidad tras la Guerra, sobre su supuesta condición de masón. Tenía amigos en la masonería, y no le habían faltado invitaciones para entrar en ella, entre otras la del hermano de José Ortega y Gasset, Eduardo, del Partido Radical, que se exilió a Cuba tras la Guerra. Estos amigos le habían insistido en que la masonería no tiene dogmas. Incluso originariamente, le recordaron, la Francmasonería era católica —y de hecho había y sigue habiendo masones católicos— pero con los cismas buscó una fórmula aceptada por todos y que guardara relación con las Artes Constructivas. Los masones hablaban del Gran Arquitecto, del Gran Geómetra del Universo, en algunos casos del Todopoderoso, de la Providencia, o del Gran Supervisor del Universo. Por lo tanto las creencias religiosas de los masones, no de la masonería, dependían de las de cada cual. Los había, y eran mayoritarios, teístas. Otros rozaban el agnosticismo o cuando menos no tenían esta cuestión muy clara, si bien estos últimos tenían más problemas de encaje. Abiertamente ateos sólo había algunos en lo que se conocía como masonería Irregular, como en el Gran Oriente de Francia.

La masonería no entra abiertamente en la cuestión del alma, de la vida después de la muerte, ni tampoco de lo contrario. Es cierto que suele hablar de la Gran Logia Celeste, a la que se va después de morir, pero no dice nada más al respecto. En realidad, más que ocuparse de esto, la masonería es una escuela de formación moral, a través de los tan cacareados y mitificados ritos, o regímenes de formación. Todos los tipos de masonería usan el mismo sistema, la Catarsis, entendida ésta como una prueba tras la cual el individuo ve afectada su moral. Probablemente, el Profesor se hubiera visto tentado de sumarse a lo que era un movimiento en el fondo abierto y modernizador. Pero no casaba con su manera de ser, mucho más ácrata y alejada de toda idea de catarsis, no digamos ya de obediencia o de disciplina. De todas formas, la invitación a entrar se le planteó antes de la Guerra, cuando la masonería era algo más abierta que ahora, si es que quedan masones en España, que no lo sé. Franco —el Profesor siempre se había negado a utilizar el término de Caudillo o Generalísimo, habitual en este Régimen—, de cuyos vínculos masones en su juventud tanto se habla por lo bajito, la había convertido en un chivo expiatorio, junto a los judíos y los marxistas. Todos juntos y bien revueltos.

El Profesor se había educado con los jesuitas, de los que no guardaba mal recuerdo, sobre todo porque le habían enseñado a discurrir y a argumentar. Nos había dado a sus hijos eso que se venía en llamar una educación liberal. Llegamos a ir al Instituto Escuela, y nos alcanzó justo la edad para adentrarnos en el sistema de la Institución Libre de Enseñanza, que él había apoyado, que no era anticatólica, pese a que así la presentasen algunos de sus detractores, sino esencialmente modernizadora. Él, de hecho, nos había bautizado, al considerar que era mejor correr con las aguas de la mayoría social, y en la España pre—republicana, ese río era mayoritariamente católico, pese a que Azaña lanzara después su categórica y polémica, por mal entendida, afirmación de que «España ha dejado de ser católica», pues era el Estado el que había dejado de ser confesional, no necesariamente la sociedad. De todas formas, doña Candelaria no hubiera tolerado otra cosa que un bautizo *comme il faut* de sus dos hijos.

En su educación había aprendido a fondo el alemán, como tantos de su generación, y algo de francés. Y luego de forma autodidacta logró leer y entender el inglés, aunque nunca llegara a hablarlo de forma ni siquiera correcta. Pero sí le sirvió, sobre todo después de la Guerra, para enterarse por la radio y escritos que le llegaban de lo que pasaba en el mundo e incluso en España.

Naturalmente por detrás de su querido maestro y Premio Nobel, el Profesor era un científico eminente en este país, en la medida en que se podía ser científico y eminente en esta España del «¡Que inventen ellos!». El más aventajado discípulo de don Santiago Ramón y Cajal, había trabajado en los campos abiertos por éste último sobre las conexiones sinápticas, la doctrina de la neurona y en el funcionamiento de la corteza cerebral, la parte que, insistía, nos diferencia más de los animales con los que sin embargo compartimos un fondo cerebral de reptil en el que pueden esconderse algunas de nuestras más profundas maneras de ser.

El Profesor había seguido el camino de Fierre Paul Broca, el descubridor de las localizaciones de funciones en el cerebro. El crítico más acerbo de éste fue un fisiólogo también francés, Marie Jean-Pierre Flourens, que rechazó toda idea de frenología, entre otras razones porque como católico apasionado no podía admitir que las facultades del alma estuviesen repartidas en distintas regiones del cerebro. Posteriormente en 1909 Korbinian Brodmann había elaborado su mapa del cerebro con sus famosas 52 áreas.

De hecho, todo este asunto había provocado un conflicto entre los grandes anatomistas del

sistema nervioso que habían compartido el Premio Nobel, el propio Cajal y Camillo Golgi. Ante las impresiones en plata que logró el italiano para revelar las finas conexiones del cerebro, de las neuronas, Cajal expresó su famoso «¡Inesperado espectáculo!». Sus diferencias no estribaban en eso. Para Cajal el contencioso se refería a que Golgi creía que las células nerviosas constituían una red continua, mientras él la veía discontinua, a través de las sinapsis con las que las neuronas, con sus dendritas, se articulaban con otras por medio de los neurotransmisores que llevaban mensajes. El Profesor, a las lecciones de su maestro, añadió que estaba por descubrir lo que llamaba una «energía oscura» en el cerebro. Pero no llegó ni a descubrirla y ni a probarla siquiera en teoría.

Desde hacía años, en el despacho de su casa había una carpeta en la que estaba escrito un nombre, Phineas Gage, con recortes antiguos, casi todos en inglés, y algunos artículos doctos sobre este caso que tanto le fascinó, y que abordó ampliamente en *La hipótesis*. Phineas Gage, el ejemplo más citado desde hace tiempo por los neurólogos, era capataz de una cuadrilla de ferrocarril en los Estados Unidos. Aquel 13 de septiembre de 1848, hace un siglo, miércoles para que no piensen mal los supersticiosos, por accidente, una barra de hierro de un metro de largo le atravesó el cráneo y el cerebro, dañándole, entre otras partes, el lóbulo frontal. Por fortuna, acabó recuperándose y pudo llevar una vida aparentemente normal, pero sólo aparentemente, pues se convirtió en un mal adaptado. El caso vino a probar —en lo que puede probar un solo caso— que esa lesión del cerebro le dejó prácticamente sin emociones, y con ello sin actitud altruista. Pero no se sabe si Phineas Gage dejó de comportarse como un ser con convicciones religiosas, si es que las tenía, aunque sí le aterraba pensar en la muerte.

En la Guerra algo similar le ocurrió a Ángel García, un miliciano que salvó el Profesor en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid. Una bala le había atravesado el cerebro prácticamente en la misma dirección que la barra a Phineas Gage. García sobrevivió para llevar una vida prácticamente normal, pero también quedó malparado en sus emociones y sentimientos y en su relación con otras personas. Anarquista pero creyente, al cabo de unos meses García había recuperado buena parte de su ser anterior, y de sus emociones. Pero no su sentido religioso. Esto lo contaba a menudo el Profesor, sintiendo no haber tenido tiempo de investigar más a fondo el caso de Garría, para relacionarlo con el de Phineas Gage, y ampliar así algún día su libro de referencia.

En sus investigaciones e indagaciones el Profesor sí había ido más lejos que su maestro en su intento de comprender cómo funciona el cerebro, cómo surge de él la mente, y acercarse a una respuesta satisfactoria sobre lo que era. no ya el yo o el sí mismo —por no hablar del ello y del superyó, pues eso se lo había dejado a otros aunque consideraba que las nuevas ciencias del cerebro acabarían avalando una parte de la teoría freudiana—, sino la conciencia, en los primeros pasos de una nueva ciencia cuyos límites se desconocen. «La conciencia es lo más evidente, y sin embargo, lo más elusivo», decía. «Sabemos de lo que hablamos, pero somos incapaces de acotarla». La ciencia va a estar años luchando por definirla y explicar sus bases neurológicas, si es que llega a hacerlo, solía opinar el Profesor cuando se ponía a hablar de ese inmenso don de la humanidad y quién sabe si, en parte, también de otras especies. Fuera como fuese, el Profesor sabía que eso era un esfuerzo para generaciones posteriores que no se resolvería en su propia vida, sino que sería una revolución científica posiblemente para el siglo XXI. Pero ¡qué lejos está!

Su relación con don Santiago se tensó en los últimos años de su maestro debido, justamente, a

sus diferencias sobre la religión. Cajal era un confeso católico, aunque no tan ferviente como su esposa. El Premio Nobel se distanció de algunos dogmas como el de la resurrección de la carne que, la verdad sea dicha, enfocado literalmente, planteaba problemas a muchos católicos, y en el que no creen la mayoría de los protestantes. Don Santiago defendió la Institución Libre de Enseñanza a la que se sintió muy próximo, y la necesidad de aconfesionalidad del Estado español. No era necesariamente un firme practicante, pero, además de teísta —creía en un ser supremo rector del mundo y de la vida— y defensor de los valores del cristianismo, estaba firmemente convencido de la existencia de un alma inmortal, aunque no necesariamente física, una creencia que se había reforzado en él en el curso de un duro combate contra una tuberculosis que a punto estuvo de llevárselo por delante en sus años mozos.

Pero en el fondo, el Profesor había aplicado y desarrollado la actitud científica de don Santiago, quien le había enseñado, desde un principio, que «creyentes y heterodoxos son hechuras del ambiente histórico y de la fatalidad arquitectónica del cerebro», y, sobre todo, que «en la ausencia de una explicación racional, abstengámonos de imaginar hipótesis». Mas si nuestro padre discutió a menudo sus tesis con él, no encontró un terreno suficientemente amplio de acuerdo en esta materia del alma. Salvo en buena parte en la cuestión de los valores, que, básicamente, no eran tan diferentes de los del Profesor, pese a que don Santiago creyese que «no hay virtud sin religión, ni felicidad sin virtud».

Don Santiago no llegó a leer las páginas impresas de *La hipótesis innecesaria* pues falleció en octubre de 1934, coincidiendo con la publicación del libro que, pese a sus diferencias, llevaba una dedicatoria reverencial: «A don Santiago Ramón y Cajal, maestro de tantos científicos españoles, en un país que no cree en la ciencia».

Aunque conoció y trató a varios dirigentes políticos de la época, entre ellos a Julián Besteiro, cuya humanidad y humanismo admiró profundamente, el Profesor nunca se interesó excesivamente por la política, aunque dadas sus tesis, la política acabó interesándose por él. Vivió y apoyó el advenimiento de la República, Recuerdo cómo nos llevó a la Puerta del Sol a celebrar los resultados del 14 de abril. Estaba entusiasmado, como tantos. Votó siempre a los socialistas, aunque en una ocasión se pasó a los radicales de Lerroux, Pero su atención se centró en sus investigaciones, en sus labores de enseñanza y en su consulta, pues no sólo de sus pesquisas científicas podía vivir de forma desahogada. El levantamiento del 18 de julio le pilló en Madrid. En donde estaba, como a tantos otros españoles.

No me quedó claro por qué no había seguido a algunos de sus compañeros científicos al exilio, a algún país que le hubiera facilitado la prosecución de su labor profesional de investigación. A no moverse, ni en la Guerra, ni intentarlo después, habían contribuido, sin duda, las presiones de doña Candelaria, que no compartía plenamente sus ideas políticas, pero que pasara lo que pasara no estaba dispuesta a cambiar de ciudad y menos aún de país, convencida, además, de que los nacionales ganarían la Guerra. Sobre todo, no estaba dispuesto a cortar sus vínculos ni con su familia ni con su tierra, ni con los que creía eran sus amigos. Y nosotros, sus hijos, seguimos también aquí, aunque esa sería otra historia.

Trabajo, durante la contienda, nunca le faltó. Los médicos suelen tener un papel de suma utilidad tanto en tiempo de paz como, incluso más, en tiempos de guerra. En eso, fue un poco un privilegiado. A pesar de sus investigaciones y de sus libros, probablemente la Guerra fue la época en la que se sintió más útil. Quizás por ese espíritu generoso de tantos médicos que tratan a la enfermedad y la muerte de tú a tú. En esos años en Madrid estuvo completamente dedicado a su

profesión, y nunca le vimos tan contento, a pesar de los horrores de la guerra y de las retaguardias.

Tras la Guerra, muchos de los amigos que se decían tales le fueron abandonando, salvo cuando necesitaban consejo médico. Algunos se hicieron rápidamente de Falange, como tanta gente, una convencida, otra forzada y otra mucha para situarse. Otros entraron en Acción Nacional Católica, algo con lo que el Profesor nunca transigió. Caído Madrid, tuvo que pasar unos días encarcelado, aunque uno de los pocos amigos que le quedaban y que estaba a las buenas con el nuevo régimen, el doctor Castro, logró sacarle, evitarle la represión y facilitarle que volviera a ejercer su profesión de base, mas no sus investigaciones, ni la enseñanza, pues le expulsaron de su cátedra.

Por supuesto, se le impidió volver a publicar o dar conferencia alguna sobre sus sujetos favoritos, y desde luego nada sobre el alma y su inexistencia, aunque él siguió escribiendo, pero sabiendo que no lograría publicar. Actualizó algunos de los manuales de Ciencias para el bachillerato que tanto éxito habían tenido y los estudios de Histología que en los años previos a la Guerra le reportaron ingresos relativamente importantes y necesarios. Pero después de la Guerra estos permisos quedaron en suspenso, y no pudo volver a imprimir estos textos debido a su fama, a su mala fama, y sus antecedentes de «rojo» y de «ateo», pese a que no lo era. Se tuvo que conformar con volver a la práctica de la medicina, con cierto éxito. Las grandes ideas quedaban para él y para algunos de sus amigos españoles o extranjeros.

5

Casi nueve años —«¿sólo nueve años o nueve años ya?», se preguntaba hace unos meses el Profesor— habían pasado desde el final de la Guerra, de nuestra Guerra, y tres desde el de la Guerra europea y mundial, que nosotros los españoles no es que no la viviéramos directamente, es que la padecemos anticipadamente. Es un tiempo largo. «El mundo ha cambiado, pero nosotros no», decía.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la victoria de los aliados sobre Hitler. se despertaron algunas esperanzas de cambio en España. Incluso despertaron en el Profesor, aunque éste, viendo que su rehabilitación como catedrático se tornaba imposible, pocas ilusiones se hizo. Junto con el deseo de estar con sus hijos en Madrid, fue esta esperanza la que había llevado a personas o personajes como don José Ortega y Gasset a regresar en 1945 a ese erial intelectual en que se había convertido España.

Antes de la Guerra el Profesor había ido picoteando en diversas tertulias, incluida la de Ortega en la Revista de Occidente, en la calle Bárbara de Braganza, cerca de Las Salesas. Nunca llegó a considerarse amigo ni menos discípulo del filósofo, pese a que compartieran algunos puntos de vista sobre muchas cosas, entre otras la ciencia. En esas reuniones no se solía hablar mucho de religión. Ortega se había definido como «no católico, pero no dispuesto a dejarse imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo», y con eso simpatizaba el Profesor. Él, aunque también se consideraba no católico, no había separado tanto la religión de su vida privada, salvo ante la muerte.

«Ortega ha cometido un error político de bulto con su regreso», comentaría el Profesor, pese a que él mismo había decidido quedarse en España. Nuestro padre, mi hermano y yo acudimos con un enorme interés a la conferencia del filósofo hace dos años en el Ateneo, en ese centro que el franquismo pretendía recuperar para dar cierto aire imposible de normalidad, que no, claro está, de liberalismo. Hicimos una larga cola para conseguir asientos en las escaleras exteriores. En el escenario, por lo que pudimos entrever, predominaba un busto de Franco. La expectativa que había despertado el acontecimiento fue enorme, aunque Ortega fuera a hablar de su idea del teatro. Pero ¿no era la mejor forma de hablar de lo que tenía que hablar a través de un tema que siempre le había apasionado? Y así lo hizo, efectivamente. Pero cual no fue la decepción del Profesor al escuchar al maestro representar un papel que no le correspondía e incidir en la «indecente salud» de España que, por una vez, «tiene suerte». ¡Vaya suerte!, pensó el Profesor hacía sus adentros. Don Julio, que también había asistido, consideró, sin embargo, que la afirmación de Ortega había que interpretarla. Había estado, dijo, representando no una conferencia sobre la idea del teatro, sino teatro propiamente.

El regreso de Ortega había dado pie a un enfrentamiento en la prensa, reflejo de otro que corría en las profundidades del Régimen, entre algunos falangistas, que salieron en defensa del filósofo, y los ultracatólicos, absolutamente contrarios a una figura que siempre había mantenido en su vida privada y pública una sana distancia respecto de la religión, o mejor dicho, de la Iglesia. Al menos le habían permitido, no sin dificultades, fundar en este mismo año de 1948 el Instituto de Humanidades con su discípulo filósofo, Julián Marías, otro represaliado que, debido al Régimen, se tuvo que mantener, sin fortuna personal alguna, a diferencia de don Julio, al margen de la universidad que hubiera sido su hábitat natural dadas sus excelencias como profesor. Y ello a pesar de ser don Julián un católico convencido, aunque en esta España no basta con ser católico e inteligente. No se puede ser liberal.

Ortega, pues, había regresado. También lo habían hecho otros como Dalí, que había milagrosamente recuperado su catolicismo durante la Guerra, y con su Gala se había instalado en Cadaqués hace unos meses y apoyado abiertamente al Régimen. Pero el Régimen no había cambiado. Como un camaleón, aunque no engañaba a nadie, se estaba adaptando para sobrevivir no se sabe cuántos años más. La situación internacional le favorecía. Ya en 1946 Churchill había pronunciado su famoso discurso en el que observaba cómo «desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el Continente un telón de acero». La visión de Churchill quedó confirmada cuando en febrero pasado los comunistas se hicieron con el poder en Checoslovaquia, sin que ninguno de los aliados occidentales moviera un dedo. «Porque no pueden y porque no quieren tras el inmoral aunque propio del reparto del poder militar en el Continente— reparto de Yalta», había observado el Profesor. Eso sí, la reacción americana y occidental al bloqueo de Berlín por parte de la Unión Soviética fue drástica e impidió una tragedia. Pero para esas fechas el Profesor ya había entrado en su final y no prestó demasiada atención a ese acto heroico.

Franco había entendido muy bien que el enfrentamiento de Occidente con la Unión Soviética le iba a favorecer, y era una reflexión que don Julio compartía con muchos de sus amigos más duchos que él en política, pero que aún, como el Profesor, albergaban la esperanza de que el Régimen cambiara o, al menos, se abriera. ¿No había sido, como rezaban sus carteles propagandísticos, el primero que había derrotado al comunismo en el campo de batalla? El General sabía que se iba a hacer útil. Aunque el Profesor ya no estaría para vivirlo, estas opiniones de su amigo se confirmarían cuando, en el discurso de Navidad, Franco hizo una alusión al bloqueo de Berlín por los soviéticos y la reacción aliada, al manifestar su «agradecimiento al Señor que, pese a los errores inmensos acumulados por los hombres, ha protegido a Europa de una nueva guerra». Para añadir: «Se vendrá a nosotros en cuanto se nos necesite, pero no por un sentimiento honrado de justicia y de buena fe». Había calibrado bien la situación, y era cuestión de tiempo que el mundo occidental, especialmente el Vaticano y los Estados Unidos, se vinieran a él. «En cuanto nos necesite». Y con esa habilidad básica suya, empezaba a saber hacerse necesario. En detrimento de la recuperación de la democracia en España cuando los países de Europa occidental, salvo Portugal, la reconstruían y empezaban a idear un nuevo continente o dos, pues Europa se estaba dividiendo. La retirada de embajadores de Madrid de dos años antes decidida por una ONU en la que España no había logrado entrar se estaba quedando en agua de borrajas.

El año anterior, 1947, había sido testigo de grandes represiones en España, aunque algunas fisuras se habían logrado abrir desde la oposición, sí bien sin grandes consecuencias. Como la huelga general en Manresa. O la primera manifestación catalanista de masas bajo el franquismo por una nueva generación que quería separarse no de Madrid sino de Burgos, como aún llamaban

al Régimen en Barcelona, cuando en el acto de entronización de la Virgen de Montserrat se desplegó una *senyera* enorme. Alguna ikuriña flotó en manifestaciones en Bilbao. El exiliado Partido Nacionalista Vasco logró interferir la emisión de Radio San Sebastián y emitir en parte del País Vasco un mensaje con motivo de su día. el *Aberri Eguna*. Pero el Régimen no corría peligro, frustrando así las vanas esperanzas de algunos, incluidas las de algunos amigos y discípulos del Profesor. A pesar de estos y otros episodios, de las acciones de algunos maquis y de una resistencia clandestina, el Régimen parecía cada día más fuerte.

La visita hace unos meses de Evita Perón, «Doña María Eva», nos trajo a los españoles alimentos, que habían empezado a llegar hace poco, entre ellos las judías que inmediatamente recibieron su buen mote, el de «peronas», además de carne y trigo, aunque pronto se supo — corrió de boca en boca pues no se publicó, claro- que algunos prebostes del Régimen habían derivado parte de este grano hacia Francia en beneficio propio. Pareció que el mundo volvía a abrirse a España. Se reforzaron las relaciones con la dictadura portuguesa, ratificando este año el Pacto de Ayuda Mutua. Y se restablecieron las comunicaciones postales telegráficas y telefónicas con Francia, tras dos años de interrupción, a la vez que se reabría la frontera con el vecino del norte. Pero España por dentro no se abría.

Pese a que España no participó en la reunión de París que lo concretó, el Congreso de los Estados Unidos decidió incorporar a este país al Plan Marshall que suponía ayuda sin precedentes para la reconstrucción de Europa. ¡Qué ilusión despertó incluso en mucho antifranquista, incluidos nuestro padre y nosotros mismos, no digamos ya en el Régimen o en los apolíticos en España, no porque no supieran que afianzaría la dictadura, sino por lo que iba a suponer para la economía y para que los españoles salieran del hoyo! La alegría fue efímera. No duró ni 24 horas. Al día siguiente de tal histórica decisión, el 1 de abril el presidente Truman la vetó esgrimiendo la simpatía de Franco por las potencias del Eje. Una cosa era tolerar a Franco por su anticomunismo cuando empezaba a profundizarse la Guerra Fría con la Unión Soviética, y otra apoyar abiertamente a un régimen fascista. Pero sin el Plan Marshall el Régimen pareció aguantar igual. Y la negativa de Truman sólo sirvió para que el Régimen buscara un apoyo aún más populista.

También España, por la dictadura, se había quedado al margen del Congreso de Europa celebrado en La Haya en mayo pasado, que tantos vimos con una enorme esperanza, un punto de partida para superar las guerras fratricidas entre Francia y Alemania, y avanzar en una construcción de Europa que impulsaban tanto los socialistas y la democracia cristiana, una conjunción, esta última, de dos vocablos que no era nada evidente hasta hace poco, pero que era la nueva fuerza pujante en la parte occidental de la Alemania ocupada, Italia y Francia. «Democracia y cristiana, palabras prácticamente antagónicas, cuya asociación echamos de menos en España», decía el Profesor, «sin parangón con la recatolización oficial de este país» con consecuencias no sólo hacia dentro sino también hacia fuera.

Pues mientras Europa parece recuperarse, el tiempo no parece pasar en esta España estancada y aislada, gris en sus tonos intelectuales, gris en su tono vital, gris en tantas calles de sus grises ciudades, gris como el mentiroso No—Do y las fotos, aunque la vida ha de seguir y sigue, con sus cartillas de racionamiento, no sólo de la comida pues todo anda un poco racionado, también las risas e incluso los llantos. Está mal visto llorar.

Aunque no suele haber ningún momento oportuno para morir, quizás el Profesor lo hizo en uno de ellos, entendiéndose, para él, por no haber tenido que vivir la frustración de las esperanzas que, después de lo que había pasado en este país, en esta Europa que nos pillaba lejos aunque la

tuviéramos al lado, y en el mundo, aportaban algunos rayos de luz.

De éstos, la mayor parte de los españoles no se enteran, si no están enganchados a las radios de onda corta que nos llegan de fuera, cuando logran superar las interferencias provocadas por el Régimen: la BBC en español, y ya desde este año en catalán y otras de nuestras lenguas, y en inglés para los pocos que lo entendemos, además de Radio París o Radio Euskadi. Nos cuentan, a veces no sin cierta deformación a la que hay que estar atentos, lo que pasa fuera de nuestras fronteras, y, sobre todo, lo que pasa dentro, lo que nos pasa. Nuestro padre era un gran aficionado a recorrer, por las noches, las diversas emisoras en onda corta. Toda la familia nos reuníamos en el salón alrededor del viejo aparato que crepitaba para escuchar esas voces que se nos habían hecho familiares e indispensables. Y yo he seguido con este hábito. Con esa necesidad.

Poco antes de morir el Profesor el *World Service* de la BBC llevó un interesante debate sobre la existencia de dios entre Bertrand Russell, venerado por el Profesor, y el sacerdote católico Frederick Copleston, debate que, al parecer, aún provoca muchos comentarios. Le hubiera gustado a mi padre, pero ya estaba prostrado. Tomé notas, y se lo relaté. Hablando de dios, el maestro de la lógica se negó a aceptar la idea de «seres necesarios», es decir, «seres de los que no se puede pensar que no existan». El término «necesario» le resultaba a Russell inútil, excepto cuando se aplica a proposiciones analíticas, no a cosas. «Yo sólo podría admitir un ser necesario si hubiera un ser cuya existencia sólo pudiera negarse mediante una contradicción manifiesta», afirmó Russell en este debate, tesis que el Profesor pensó se aplicaba muy bien al alma, y hubiera podido servir para apoyar, ahora desde la lógica, su *Hipótesis*, ya vieja de catorce años.

El Profesor, que recordaba perfectamente el panfleto del filósofo de 1927 y admiraba a los ingleses recordando el famoso debate en Oxford en 1860 sobre la entonces reciente teoría de la evolución de Darwin y dios entre el biólogo Thomas Henry Huxley y el obispo anglicano Samuel Wilberforce, preguntó afanoso si Russell había hablado del alma o de la vida después de la muerte. No recordaba que lo hubiera hecho. «Una pena», señaló en un murmullo desde la cama, aunque añadiendo que si Russell rehusaba el término de «necesario», quizás hubiera admitido el de «innecesario». Pero sobretodo, más que las ideas concretas, lo que le puso los dientes largos fue que un debate así resultaba impensable en esta España. Por la falta de libertades. Pero también porque en las condiciones actuales, frente a un personaje como Copleston que rivalizaba no sólo con el ateísmo sino también con el protestantismo, nuestros sacerdotes no tenían que defender ningún terreno, ni debatir para resistir, como en Inglaterra, pues contaban con un férreo monopolio religioso, ya no sólo frente a los ateos sino también frente a otros cristianos.

1948, digo, había arrancado como un año importante, un año agitado. Parecía que se estaba poniendo en marcha el establecimiento de un nuevo orden mundial que quién sabe a dónde llevaría, aunque a algo mejor que al caos del que salíamos. Pero había arrancado mal. Al Profesor le apenó profundamente enterarse de la muerte, el 30 de enero, del Mahatma («gran alma») Gandhi. Había sido asesinado por un integrista hindú. «Era un santo, en sentido laico, pues la santidad, como la idea de lo sagrado, también se puede lograr al margen de la religión», comentó el Profesor. «Uno de los hombres más desconcertantes de aquel inmenso país», había opinado el ABC al día siguiente. ¿Desconcertante? Desaparecía así uno de los grandes referentes de la época, que, desde la resistencia pacífica, había logrado doblegar la voluntad inglesa para conseguir un año antes de su dramática muerte la independencia de la India, aunque también su separación de un Pakistán puramente musulmán.

«Nos hemos quedado al margen», comentó el Profesor tras leer ese comentario en el

periódico, «y esto no nos afecta, pues con Gandhi se acaba un epifenómeno, el de la resistencia pacífica, que aquí deberíamos empezar a seguir para acabar o al menos hacer cambiar al Régimen». La resistencia pacífica tenía, para el Profesor, una gran efectividad y mucho de espiritualidad en el sentido que él usaba este concepto. «Eres un iluso», le había contestado don Julio. «En España es la violencia la que ha desplazado a la modernidad, y para imponer una paz con mano férrea y sin libertad. Gandhi estaba construyendo una democracia, sobre la base, por cierto, de lo que habían aprendido los indios de los ingleses».

Habíamos seguido la trayectoria de Gandhi a cierta distancia, pues la India nos resultaba muy alejada a los españoles, incluso a los algo enterados de lo que ocurría en el mundo. Hasta esta España habían llegado algunos de los ecos de Gandhi, aunque siempre controlados, incluso su idea de que «cualquiera que piense que la religión y la política se pueden mantener separadas no entiende ni de religión ni de política». «Probablemente Franco y la Iglesia estén de acuerdo con esta afirmación, aunque por motivos, y con modalidades, completamente opuestos a los de Gandhi y una India de tantas culturas y religiones», dijo el Profesor, «aunque todos deberíamos reflexionar sobre ello».

En otra parte del mundo, aunque no nos pillara tan lejos, pero también bajo el signo del repliegue imperial de Londres que había empezado en esta posguerra mundial, una vez los británicos habían abandonado su mandato sobre Palestina, el 14 de mayo se había creado el Estado de Israel, el Estado judío, cargado de religión pese a que sus primeros promotores no fueran personas propiamente religiosas. El Profesor lo había acogido con alborozo, pese a que naciera con violencia, Aunque en España se había hablado relativamente poco de ello, estábamos muy al tanto de la suerte de los judíos bajo el Tercer Reich y del Holocausto y la «solución final». El Profesor había perdido parte de sus corresponsales científicos judíos en Alemania, de los que no había vuelto a saber nada, aunque otros habían reaparecido en Estados Unidos y^x en Inglaterra, y le habían relatado algunos de sus terribles periplos.

El anuncio de la creación de Israel provocó el apoyo, seguramente pactado de antemano, al nuevo Estado por parte tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, cada uno con su agenda, entre los más grandes. Y una guerra inmediata, que ya había empezado antes, entre los judíos, los nuevos israelíes, y los palestinos y una gran parte de los árabes. Los palestinos no parecían demasiado interesados en tener un propio Estado paralelo, y en esto el rey⁷ Abdúlá de Transjordania, a su vez enemistado con el Gran Mufti de Jerusalén, se enfrentó a un incipiente gobierno palestino en Gaza, más que intentar evitar el surgimiento de una patria judía. Probablemente, un profundo error histórico por parte de los árabes de Palestina, coincidían en su apreciación don Julio y el Profesor, Éste, que ya por entonces pasaba casi todo el rato en la cama, no atendía a la BBC pero me exigía que le hiciera informes diarios.

En España, el Régimen y la Iglesia no se mantuvieron ajenos a lo que se estaba moviendo en lo que los ingleses llaman Oriente Medio. Franco, se decía, había salvado a muchos judíos que huyeron de Francia, de Alemania y de otros países a través de España. Pero el antisemitismo estaba agazapado en el Régimen, y en la sociedad desde los tiempos medievales.

«Tráeme el libro de ese capitán Carrero Blanco, que creo que se titula España y *el mar*, que salió hace irnos años, cuando parecía que Hitler iba a ganar la guerra. Está en la biblioteca en la tercera estantería, empezando por la derecha», me pidió mi padre desde la cama. Y allí estaba, de la Editora Nacional. El Profesor lo abrió por la página 9 —tenía una excelente memoria para recordar lo que había leído y dónde—, y comenzó a leer un pasaje que tenía subrayado:

«España, paladín de la Fe de Cristo, está otra vez en pie contra el verdadero enemigo: el Judaísmo. Se trata de una fase más en la lucha que secularmente sacude al Mundo. Porque el Mundo, aunque lo parezca, aunque en apariencia sus contiendas tengan su origen en causas muy distintas, vive en una constante guerra de tipo esencialmente religioso. Es la lucha del Cristianismo contra el Judaísmo. Guerra a muerte, como tiene que serlo la lucha del Bien contra el Mal, de la verdad contra la mentira, de la luz contra la oscuridad». Siguió leyendo para acabar: «Los medios son lo de menos; su fin es siempre el mismo: destruir, aniquilar y envilecer todo cuanto representa Civilización Cristiana, para edificar sobre sus ruinas el utópico Imperio Sionista del Pueblo Elegido». Y cerró el libro con ruido, sobresaltándonos, para decir: «¿No os lo había dicho? Es que no pueden disimularlo. E incluso ahora que ha sido derrotado Hitler, ahí siguen con ese antisemitismo primario».

«Acuérdate que hace no tantos años, en 1940 si bien recuerdo», prosiguió, «el Régimen prohibió el rito de la circuncisión y las bodas y exequias judías, entre otras cosas, por no hablar de la actuación de los falangistas hacia los judíos en España a partir del 36».

El caso es que la cuestión del Estado hebreo pareció afectar de lleno al Régimen y a la Iglesia, a la española y al Vaticano, que habían estado conspirando desde meses antes. El Vaticano, pese al Holocausto, seguía opuesto al sionismo, por querer defender los santos lugares del cristianismo, y, decía, en defensa de las minorías católicas, y en general cristianas, en la zona. Pero, sin duda, había más.

Un sacerdote español, Luis Orio Moreno, había sido asesinado en Haifa seis meses antes de la declaración del Estado de Israel en unas circunstancias oscuras. Poco después, fallecía en el atentado contra el hotel Semíramis de Jerusalén, donde vivía, el cónsul adjunto de España, Manuel Allendesalazar. Las muertes de los dos españoles parecieron dos hechos dispares. Pero el Régimen, con el pleno apoyo de la Iglesia, los aprovechó para lanzar una campaña antijudía, y oponerse de lleno a la creación del Estado de Israel. La prensa falangista y la católica le siguieron en esta posición.

Desde el Consulado General de España en Jerusalén, primero, y luego desde Damasco, según nos contó un diplomático con quién teníamos relación, se coordinó la posición española en la zona con los siete gobiernos árabes independientes existentes— Arabia Saudí, Egipto, Irak, Líbano, Libia, Siria y Transjordania— contra la creación del Estado de Israel. A cambio el Régimen pretendía lograr los votos de estos países para el ingreso de España en la ONU, cuya puerta se le había cerrado en las narices. El tema del apoyo a la partición de Palestina y al nuevo Estado y el del ingreso de España en la nueva organización mundial se habían cruzado.

Se decía que el Régimen había comenzado a actuar enviando desde 1947 armas y munición a los árabes para lo que ya se veía como una inevitable guerra, como efectivamente ha sido. Algunos falangistas fueron a Siria como instructores militares o como combatientes en el Ejército Árabe de Liberación, Parecía como si estuviéramos otra vez con una División Azul, esta vez contra los judíos, los del contubernio. Y si aquella había sido en buena parte obra de Serrano Suñer, un familiar del *cuñadísimo* de Franco y ex ministro de Asuntos Exteriores que, se contaba, había hecho de espía en Haifa en los meses previos a la guerra y ayudado a algunos árabes a huir.

Si bien oficialmente era por «impulsos espirituales y religiosos», de catolicidad, el Régimen de Franco se había enrocado en esta posición contraria a la creación del Estado de Israel por ideología, pero sobre todo para cultivar la amistad con esos países árabes, importantes para intentar romper su aislamiento internacional. Aunque en el último momento sólo uno de los siete

gobiernos árabes cumplió con su voto a favor de España. Los seis restantes se abstuvieron por no haber logrado Franco cumplir con su palabra de influir a su vez en el voto en la Asamblea General de la ONU de los países de Hispano-América contra la partición de Palestina.

Franco se había pronunciado personalmente contra Israel. El Régimen pareció haber estado convencido de que los árabes iban inevitablemente a ganar la guerra que había estallado entre estos y los judíos. Los servidos secretos españoles, de los que algo sabíamos a través de un amigo que tenía un primo que era coronel, habían convencido a Franco y a los que mandaban con él que los árabes iban a ganar y de forma rápida y contundente, a pesar de los avisos en contra del Ministerio de Asuntos Exteriores, que pronto se dio cuenta de la superioridad de los nuevos israelíes, o «bando judío», como se les llamaba. Éstos se batieron como demonios en esos meses, y pronto estuvo claro que llegar a armisticios con los diversos países árabes, como ocurrió, iba a suponer una gran victoria para Israel. Pero esa victoria ya no la vivió el Profesor. Para entonces había fallecido.

Sin embargo, le afectó. No personalmente, pero sí a la difusión de sus obras. En todo este turbio asunto, el convencimiento del Régimen concordaba con el que emanaba del Vaticano del Papa Pío XII. El Papa Pacelli, el que como cardenal firmó el Concordato con la Alemania nazi, veía en España lo mismo que Franco, una «reserva espiritual». Había sido elegido para la silla de san Pedro en marzo de 1939, y ya en abril, una de sus primeras decisiones fue borrar del índice de Libros Prohibidos, dichoso índice sobre el que habremos de volver, las obras de Charles Maurras, el antisemita y anticomunista fundador e ideólogo del grupo extremista Action Française. Maurras había sido excomulgado junto a los suyos por Pío XI. Pero el Papa Pacelli se apresuró a levantar este *castigo*, que orientó contra otros objetivos. Hace unos meses proclamó la excomunión a los italianos que votaran al Partido Comunista. Había mantenido, se dijo que bajo presión de Mussolini, silencio sobre la masacre de judíos y otros, como los gitanos, a manos de los nazis, aunque también se decía que había salvado a muchos judíos del Holocausto. Es verdad que condenó en sus encíclicas toda forma de totalitarismo. Y hace no mucho, ante la pena de muerte contra criminales de guerra alemanes tras los juicios de Núremberg, había solicitado la conmutación, no por defender a los nazis derrotados, sino por oponerse a la ejecución en sí. ¿Por qué no se lo pidió también a Franco, ante sus ejecuciones?, nos preguntábamos.

La actitud del Régimen ante Israel fue «otro error histórico», según el Profesor. «Si la República no lo hizo, lo que hemos sabido del Holocausto debería haber llevado al Gobierno a derogar formalmente los decretos de expulsión de los judíos, y de los moriscos poco después, de los Reyes Católicos», había comentado en una ocasión. En su lucidez, en las semanas precedentes a su muerte, aún se interesaba por estas cosas. La República se lo planteó pero no llegó a hacerlo. ¿Revocarán nuestros gobernantes algún día aquel vergonzante decreto que sigue en vigor? «Desde luego, no parece que lo vayan a hacer éstos», manifestó.

La ONU ha aprobado en diciembre la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que tanto comentó la BBC. Cuánto hubiera apreciado ese texto el Profesor. Pero la prensa española ha pasado sobre ello como sobre ascuas, sin informar. Sólo ha celebrado, en esos días, que el «viejo idioma de Castilla» haya pasado a convertirse en idioma oficial de la ONU. No por nosotros, claro, que no estamos allí. Sino por los hermanos americanos.

6

Poco después de la muerte de su marido, nuestra madre empezó a causarnos preocupaciones. Además de triste, con el luto y la sensación de vacío, su salud comenzó a decaer rápidamente. Se había quedado con pocos ingresos, lo que agravaba la penuria de la ya larga posguerra. Le ayudábamos en lo que podíamos, pero en esos años había poco para todos y, a pesar de venir de una familia en tiempos acomodada, no teníamos nada atesorado, ni ahorros ni propiedades con las que contar. No eran cosas de las que se había preocupado el Profesor. A pesar de la pérdida de la cátedra, había logrado salvar al menos una mínima pensión de viudedad, pero que no le daba para vivir. Esperábamos que algunos de los libros pudieran seguir publicándose y vendiéndose, y así aportar unos ingresos absolutamente necesarios, con los que suplementar nuestros sueldos, ya que teníamos que mantener también a nuestras propias familias. No pensó, ni pensamos tras su muerte, que se pudiera reimprimir *La hipótesis*, claro. Pero sí, al menos, los tomos de Histología que se estudiaron durante años en la Facultad de Medicina y que el Profesor había ido actualizando, y los libros de texto de Ciencias que había escrito y publicado para alumnos de bachillerato antes de la Guerra, que habían reportado buenos derechos de autor hasta el 36 y que también había modernizado.

Escribimos y acudimos a las editoriales con las que había trabajado, para saber cómo iban esas ediciones. La respuesta no fue nada alentadora. Pepe Riquelme era hijo y nieto de editores. Llevaba el libro impreso en sus genes y en sus venas. Sus años de esplendor, junto a su padre, fueron las décadas de los 20 y de los 30, hasta 1936. Muchos autores hasta entonces casi desconocidos en España, pero referencias en Europa, fueron publicados en esa España antes que en otros países supuestamente con mayor altura intelectual, como Francia.

Persona que pronto se distanció de la República, Riquelme huyó de Madrid el 19 de julio de 1936 para refugiarse en Tánger, donde pasó toda la Guerra y siguió ejerciendo una modesta labor de editor, y desde donde escribió auténticas diatribas contra los republicanos, aunque pronto descubriera el verdadero tenor del régimen franquista. Pero ese resentimiento hacia el régimen franquista se lo guardó, como tantos otros, para sí. Se amoldó. Tras la Guerra volvió de la ciudad africana y consiguió reabrir su editorial y una librería céntrica en Madrid.

En tiempos había sido un buen amigo del Profesor. Pero eso, en tiempos. Estos tiempos eran otros. Fue Riquelme el primero que nos informó de que *La hipótesis* acababa de ser incluido por el Vaticano en su índice de Libros Prohibidos, el *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatamm*, temido por unos, reverenciado por otros, cuya trigésima segunda edición acaba de ver la luz a finales de 1948. ¿Por qué no había ocurrido antes?, nos preguntamos. No hubo una respuesta clara, salvo quizás la de los efectos de los vencedores de la Guerra Civil en este país. Muchos nombres

y títulos se agolpaban en este índice. Algunos autores o libros específicos cuya lista se alargaba desde que el Vaticano lo instaurara en 1559, realmente más preocupado con los creyentes que se descarriaban que con los ateos irrecuperables.

El nuevo índice fue objeto de algún comentario en la prensa extranjera, que sólo llegó a través de su reverberación en la onda corta. Pero poco más. En España, silencio oficial 5' oficioso. Sólo los amigos y discípulos criticaron por lo bajín la medida de incluir *La hipótesis*. Nadie salió públicamente en defensa de la obra del Profesor. Había demasiado miedo. Y no había medios para hacerlo. De los amigos de la República y de antes quedaban pocos capaces de un acto de valentía tal. Valentía inútil, pues ese no parecía el mejor camino para conseguir nada.

Los católicos, en principio y si no querían incurrir en pecado o incluso en excomunión automática, necesitaban permisos especiales de las autoridades eclesiásticas para poder leer esos libros incluidos en el índice. El Régimen iba más lejos. Ya no se trataba de que los católicos no pudiesen leer esos libros prohibidos sin justificación, sino que desaparecían de las librerías y no se podían consultar, salvo autorización, en las escasas bibliotecas que habían quedado profundamente disminuidas en número y fondos. Tras la Guerra, como en otros tiempos anteriores, todos los libros del índice fueron automáticamente prohibidos en la España que ha hecho del nacionalcatolicismo su bandera. El *Opus Dei*, aprobado en 1941 por el obispo de Madrid y cuyo poder empezaba verdaderamente a asomar en este Régimen, había elaborado su propio índice, aún más restrictivo.

El Profesor lo hubiera podido sospechar, pero no se había preocupado nunca por ello, y la información sobre la prohibición de su obra no le llegó a ser confirmada antes de su fallecimiento. Seguramente hubiera considerado un honor entrar en ese cuadro junto a Erasmo, Balzac, Diderot, Montaigne, o, entre los más próximos, Unamuno, y tantas otras cimas del pensamiento y de la literatura. Lo que a él no le hubiera preocupado excesivamente en vida, o incluso le hubiera satisfecho, se convirtió en un problema una vez muerto. No sólo implicaba que su legado intelectual más señalado tendría serios impedimentos para sobrevivir sino que sus otras obras resultarían mucho más difíciles de reeditar.

Sólo había dos formas de intentar superar este escollo: que la Iglesia española intercediese ante el Vaticano para sacar a ese libro del índice, o que al menos abogara a favor de la publicación de los otros libros científicos y de texto no polémicos del Profesor. No iba a resultar fácil en este país en el que, como en la Alemania nazi, se quemaron libros, y en el que, al comienzo de la Guerra, el general Millán-Astray lanzó su «¡Muera la intelectualidad traidora! ¡Viva la muerte!» en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, en respuesta a un soliviantado Unamuno. El «¡Muera la inteligencia!» en que pronto se popularizó ese exabrupto se convirtió en odio a los intelectuales, en recogidas de libros por las librerías por grupos falangistas, mientras el capital de inteligencia que había tenido como nunca este país se tuvo pronto que exiliar o callar.

El primer paso que dio mi hermano Alberto, pues estaba en mejor posición de hacerlo que yo, fue ir al Instituto Nacional del Libro Español para intentar convencer, o al menos ablandar, a los que allí mandaban. A diferencia de hace tan sólo unos años, la que realmente influía allí y, de hecho, mandaba, no era ya la Falange, sino la Iglesia y los nacionalcatólicos, «Recristianización y renacionalización» o «re-españolización» y «re-catolicización» eran los lemas imperantes en esa institución, que ya a partir de 1938 había empezado a publicar manuales de Historia para el primer bachillerato franquista. Su historia, claro, la del Imperio español y del valor de la Hispanidad y de la catolicidad, pues a partir de entonces, la verdad es que pocos cursos de

Historia en la práctica pasaban de los Reyes Católicos, como si esa fuera la cumbre de España y lo que vino después realmente contara poco.

El fugaz paso de Pedro (don Pedro le llamaban casi todos, incluso muchos amigos cercanos pues desde joven imponía una cierta autoridad) Sainz Rodríguez por el Ministerio de Educación había supuesto una tímida apertura. Él fue el impulsor de la creación de la «Biblioteca de Clásicos Olvidados», sobre la que enseguida se abalanzó una parte de la juventud ávida de ilustración, aunque fuera controlada, sumamente controlada. Sin embargo, la llegada de José Ibáñez Martín en 1939, recién terminada la Guerra y tras la renuncia de don Pedro a esa cartera, había supuesto un nuevo cerrojazo sobre el cerrojazo. Cristiano y cristianista, católico a más no poder, Ibáñez Martín fue quien impuso en 1943 la Ley de Ordenación de la Universidad Española cuyo artículo tercero señalaba: «La Universidad, inspirándose en el sentido católico, consubstancial a la tradición universitaria española, acomodará sus enseñanzas a las del dogma y de la moral católica y a las normas del Derecho canónico vigente». Y en su artículo cuarto, en un guiño a la Falange —Ibáñez Martín había sido un antiguo colaborador de Primo de Rivera y, además, a todos había que contentar— marcaba que «la Universidad española, en armonía con los ideales del Estado nacionalsindicalista, ajustará sus enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos programáticos del Movimiento». Justamente, este doble carácter de falangista y ultracatólico le había permitido sobrevivir ya casi diez años en el cargo, y sin visos de que Franco lo fuera a cesar. Debe estar satisfecho con él, más aún desde que en 1945 incorporó la censura a ese Ministerio. Y ha sido, y sigue siendo, uno de los que más ha maniobrado para que el Opus Dei entrara en la Universidad en posiciones influyentes.

Aunque Alberto intentó aproximaciones por vías indirectas a través de conocidos, no hubo forma de llegar al ministro. Y sin su aval, ni el director del libro ni ninguno de los mandamases de Educación se dignaron recibir a nadie de nuestra familia ni de los colegas, discípulos y amigos del Profesor. Sólo un subordinado de la Dirección del Libro, un tal Juan Ledesma Fuentes, acabó accediendo a hablar con don Julio Gual, pero fue una conversación poco fructífera. Por lo que nos contó don Julio, le recibió en un despacho grande, sombrío, con muebles imponentes que disminuían, más que engrandecían, a su ocupante. Al menos le invitó a sentarse. Pero poco más. El funcionario escurrió el bulto, sin mojarse, y escudándose en la autoridad no del Régimen, sino sobre todo de la Iglesia, explicó que si un libro entraba en el índice quedaba también prohibido en España y su autor sumamente tocado, por lo que no veía la posibilidad de editar los libros de texto del Profesor para bachillerato, aunque prometió que estudiaría qué hacer con los de Medicina.

Muchas gracias, se despidió don Julio. Estaba claro que el funcionario no iba a hacer nada al respecto. Por lo que optamos por acudir directamente a la Iglesia, a través de nuestro contacto más cercano, el padre Aljímiro. que se vanagloriaba de su proximidad a los obispos.

7

Tomé el tranvía a la Puerta del Sol, una línea que anuncian va a desaparecer en breve. Esta plaza alberga no sólo el Kilómetro Cero, sino, en la Casa de Correos, la Dirección General de Seguridad del Estado y sus terribles sótanos, lugares de interrogatorios y torturas. Remonté la carrera de San Jerónimo, para entrar en Lhardy. Dejando la tienda donde alguna gente iba a tomar un caldo de aperitivo, subí al primer piso. Era éste un restaurante que había sido centro de conciliábulos políticos durante la Restauración, y que conservaba su misma decoración recargada pero cálida, con sus reservados y una gran sala dominada por dos espejos más algunos cuadros. Aunque había perdido gran parte de su lustre político con la República, en esos momentos de posguerra, nacional y mundial, y con España aún hambrienta y con enormes dificultades económicas, en Lhardy no faltaba de nada. Lo había elegido, pues quería impresionar gratamente al padre Aljimirot y sabía de su apetito por un buen cocido —el mejor de Madrid, o al menos el más caro— y un buen caldo, no un vino de mesa que es lo que tomaba habitualmente, sino un rioja que le ablandara el alma. ¿He escrito «alma»?

El sacerdote llegó puntual, con su sotana arrugada y con algún lamparón mal disimulado en la tela negra, como era habitual en él. Sentado en la mesa frente al gran espejo entre las dos ventanas, presididas por dos candelabros con velas rojo oscuro a tono con la tapicería de las sillas y el cortinaje que aportaban un ambiente de seriedad casi eclesiástica, me levanté y le besé la mano para ponerle en buena disposición. Aljimirot sabía perfectamente de qué quería hablarle, aunque intentaría evitarlo. Más bien regordete, de no haber sido cura se le hubiera tomado por un vividor. Y en parte lo era. De él se decía que estaba liado, que convivía, con la taquillera del Cine Colón de la calle de Genova. Incluso se contaba algún detalle de ella. De familia modesta, la pobre se había casado con un acomodado divorciado en 1934, del que tuvo que separarse cuando Franco anuló en 1939 esos divorcios republicanos. El marido regresó, por poco tiempo, con su antigua esposa, y la pobre anulada, con una hija del que fuera su esposo republicano, encontró refugio, pues era poco pensable que sintiera una gran atracción, en el padre Aljimirot.

A sus años, éste no tenía ni una cana, o mejor dicho, como tantos curas (y no curas) de la época, se teñía el pelo logrando un negro algo pastoso y brillante que más que rejuvenecerle le quedaba ligeramente ridículo, a su edad. Alguna vez que el Profesor le había comentado lo joven que se veía, y yo volví a mencionarlo en Lhardy, mi madre —las mujeres se fijan mucho mejor en esas cosas— siempre remarcaba cómo el sacerdote llevaba el pelo pintado además de grasiento.

La del Padre Aljimirot había sido una vocación algo tardía, si realmente de vocación se había tratado, pues el Profesor siempre dudó de que hubiera detrás un sentir auténtico y no una mera conveniencia. En la Guerra, había sobrevivido no sin dificultades. Huyó de Madrid a finales de

julio de 1936 para refugiarse en Cuenca, y en 1939 regresó a la capital, ya tomada por Franco y los suyos, como sacerdote del Ejército, lo que se llamaba castrense antes de 1933, y de nuevo ahora. Su relación con el Profesor, a pesar de sus diferencias de ideas, había tomado cuerpo desde hacía varios años. Al uno le interesaba estar próximo a la ciencia, para estar enterado y vigilante, y al otro escuchar la voz poderosa de la Iglesia, y discutir de sus fundamentos. Superada la distancia física de la Guerra, y aunque se acrecentó la política con los primeros años de la dictadura, siguieron manteniendo sus citas regulares, habitualmente en nuestra casa, a veces a solas, otras acompañados de algún contertulio, incluido el padre Ulpiano en las discretas reuniones que se improvisaban en Zurbarán. Y ello pese a que el padre Aljimiroparticipara en la trastienda de la campaña contra Ortega y Gasset por parte de los más clericales, para impedir su regreso y tergiversar sus escritos, contra la que reaccionó valiente y públicamente su católico discípulo, castigado por el Régimen, Julián Marías, del que ya hemos hablado. Varios jesuitas habían escrito libros contra el filósofo; ellos y otros de otras órdenes difundirían también comentarios contra el científico. Uno de los objetivos de estas diatribas había sido que ambos entraran en el Índice de Libros Prohibidos, y así silenciarlos. Se les sumó la inestimable y despiadada ayuda del doctor Juan López Itruera, psiquiatra integrista en lo religioso, que dirigió el ataque desde la propia profesión médica y desde la atalaya de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. Lograron su objetivo con el Profesor, no con Ortega. Gracias a que los defensores de éste supieron moverse mejor —Marías invitó con cierto éxito a «entender» antes que a «condenar» su obra— se evitó que dejara de publicarse al filósofo, lo que, además, hubiera sido un escándalo internacional mayúsculo, aunque a algunos poco les importara eso mientras España quedara a recaudo de las ideas peligrosas.

Tras un aperitivo en el que no hablamos sino del tiempo, frío y desapacible, llegó el primer plato, la sopa del cocido con fideos, sabrosa pero no suficientemente desgrasada, que el camarero solícito, con chaleco negro, nos sirvió en los platos hondos. La conversación resultaba tan difícil y el sacerdote tan escurridizo como los hilillos de pasta que se le escapaban a veces por la comisura de los labios, lo que le obligaba a sorber con cierto ruido o incluso a empujarlos con la mano de nuevo hacia adentro.

«Querido Padre», empecé, tras los preliminares vacuos para romper el hielo. «Tengo un gran favor que pedirle. Pese a sus diferencias con mi padre, profundas es verdad, de carácter religioso en su caso, le tendría que rogar que intercediera con el obispado para que algunos de sus libros puedan seguir publicándose. No se trata de salvar *La hipótesis innecesaria*, eso lo comprendo», acepté, «sino sus libros de texto de Medicina, y los de Ciencias para el bachillerato. Ya sabe que mi padre no hizo fortuna, y que la poca que tenía la malgastó. Serían éstos unos ingresos necesarios para mi madre, que sólo tiene una muy insuficiente pensión de viudedad».

«Lo comprendo, mi querido José. Voy a hacer lo posible, en nombre de la amistad que me unió a tu padre, y del respeto e interés que siempre me infundió. Pero el daño que ha hecho tu padre a la Iglesia es grande. Me parece que va a resultar muy difícil que la Jerarquía, y la Santa Sede en última instancia, accedan a levantar las prohibiciones vigentes. Ya sabes que las ideas contenidas en *La hipótesis*, que pese a lo que él se creía no son sino a su vez hipótesis infundadas, han contaminado toda su obra. Nadie se va a atrever a volver a publicar sus libros o las revisiones de ellos que había hecho aún en vida. Lo que no le perdonan, no le perdonamos, no es no creer en dios —después de todo lo que hablamos a lo largo de los años, no estoy seguro de sus creencias finales al respecto— sino haber intentado desmontar la idea del alma. El alma es consustancial al

cristianismo. Sin alma, no hay vida eterna, querido José. Sin vida eterna da igual el pecado, y la religión, al menos entre nosotros. Sin religión no hay necesidad de Iglesia, y sin Iglesia, en este país y en toda Europa, hay desorden, como hemos visto. Puede parecerse simplón, pero es así. No olvides el sentido original del término *religio*, unir. La religión sirve, como bien reconoció tu padre, para unir a la sociedad. En nuestro caso, la católica es consustancial a nuestra Nación».

«Pero...», balbuceé.

«Mira lo que pasó durante la República, la expulsión de los jesuitas, Azaña, la quema de conventos y la persecución de órdenes religiosas. Lo importante, hoy por hoy, no es la Teología, sino la Iglesia como institución. Y la Iglesia como tal tendría mucho que perder metiéndose en este debate que planteó tu padre, Necesitamos que exista el alma, O mejor dicho no que exista, sino que basta con que se crea que existe, y que hay una vida tras la muerte. Para que haya salvación, para hablar de castigo y perdonarlo, de la confesión y del arrepentimiento. Y de la idea de pecado que es tan nuestra. Es necesario que exista el alma para que se sostenga todo eso.»

Para abrir el abanico de la discusión, e intentar suavizarla, le mencioné que hay civilizaciones enteras que no creen que exista una vida después de la muerte, y sin embargo moralmente no están tan alejadas, ni ello les impide tener una dimensión espiritual y honrar a los muertos y a los antepasados.

«Pero nosotros somos diferentes», replicó Aljimiro. «Tenemos no sólo otras creencias, sino otras necesidades de creencias. Necesitamos la religión para diferenciar el bien y el mal».

«La idea del bien y del mal cambia según la época, según la altura histórica», dije, «La moral, incluso si en parte la llevamos dentro, cambia constantemente. Evolucionan».

«Sí, ya sé», señaló Aljimiro. «Bertrand Russell, tan admirado por tu padre, considera que el hecho de que una creencia tenga un buen efecto moral sobre un hombre no constituye evidencia alguna en favor de su verdad. Yo creo que hay que creer en la verdad de la fe, aunque verdad y fe parezcan términos contradictorios para los racionalistas radicales».

«La moral no está separada de nuestras creencias religiosas. En una primera aproximación puede parecerlo, pero luego no», prosiguió. «Mira cómo los romanos, cómo Marco Aurelio, el tan citado Marco Aurelio, despreciaba a las civilizaciones que no sabían desprenderse de sus niños nacidos con taras, es decir, matarlos. O la cuestión del divorcio, que afortunadamente hemos eliminado tras la Cruzada, y que nos viene de los judíos. No volverá nunca a España. Aquí hemos restablecido la familia cristiana», dijo sin vacilar ni por un momento en esta afirmación debido a su propia situación personal. «O mira ese horrendo derecho al aborto que se ha empezado a aplicar este año en Japón. Los japoneses y su shintoísmo no son buen ejemplo. Los kamikazes han demostrado su capacidad de suicidio en nombre del emperador y su país. No queremos llegar a eso, ¿verdad? No somos como los japoneses. Hay muchas diferencias. Y, buena parte, provienen de la religión. Ni como los rusos comunistas. El libre aborto lo impuso Stalin en la Unión Soviética, aunque luego ha tenido que revocarlo para impulsar la natalidad. Se da en otros países comunistas. Y en algún país nórdico, donde se está disolviendo la moral. Pero afortunadamente no en Francia, ni en Gran Bretaña, ni en Estados Unidos. Ni se dará, pues son países cristianos. Menos aún en España. Esa posible deriva la hemos parado también».

No quise contrariarle, aunque sí le señalé cómo Freud había considerado que las épocas de la supremacía ilimitada de las doctrinas religiosas no fueron más morales. El siguió hablando de estas cosas, y volvió al tema del alma. Ante lo que le pregunté si era verdad que ha habido cristianos que creían que cuando una persona, incluso un cristiano, muere,, se acabó todo. Que el

alma existe para ellos, pero muere con el cuerpo, lo que complicaría la tesis de *La hipótesis*.

«Sí. Los ha habido», reconoció, «Puede que aún los haya. Pero son una minoría y la Iglesia condena estas creencias.»

Y entonces le recordé lo que decía mi padre, y don Julio, sobre el budismo, si es que se puede llamar religión. Los budistas no creen en un dios, en un ser superior —Buda permaneció en silencio cuando se le preguntó por dios—, ni tienen teorías sobre la creación del mundo, como nosotros, e incluso hay mucho debate sobre si creen en un alma, o espíritu, lo que en sánscrito se llama *atmán*. ¿Qué sería lo que se reencarna? ¿De qué se trata? Difícil cuestión.

«Creo en los misterios», continuó el sacerdote, «incluso en la necesidad de los misterios, muy presentes en nuestra religión. En todo caso, todo eso es ajeno a nuestras tradiciones. Estamos hablando de las nuestras, y específicamente de nuestra España. No podemos elegir un elemento de una cultura y desechar otro. Nuestra España es católica y nunca debió intentar dejar de serlo. Nos hubiéramos evitado un trauma sin precedentes. España está necesitada de catolicismo. Europa, por cierto, también.»

No era para entrar a discutirlo, si lo que quería es que nos ayudara. Tampoco quería profundizar más en el tema. Yo no era antropólogo como don Julio, ni experto en el cerebro o la mente, como mi padre, ni un teólogo o conocedor de las religiones, ni siquiera de esta religión. Lo mío eran las matemáticas, que no venían al caso. O quizás sí. Pues la Matemática es, incluso más que la Física, la disciplina, que no ciencia, ante la que se plantea cómo es posible que el hombre, el cerebro, la piense. Era, como decía mi padre, algo muy espiritual. Pero preferí guardarme ese tipo de reflexiones para mí.

De las palabras de Aljimirote pude colegir que el recio sacerdote más que creer en dios o en el alma —y empecé a pensar que estaba ante un ateo aprovechado de su sotana—, en lo que realmente se afanaba era en la utilidad para España, y para él, de la religión católica y su iglesia. Mi padre siempre reconoció la función social de la religión, e incluso de la Iglesia. Pero no así, con el paroxismo que había vuelto a alcanzar con este régimen, al que la Iglesia, que masivamente había apoyado a los sublevados desde el principio, otorgó algunos símbolos, como el que el Generalísimo pudiera desfilar bajo palio y tener más que un parecer en el nombramiento de los obispos. La Iglesia pidió a cambio poder y control, en particular en educación y cultura. Y lo consiguió, como estaba comprobando ante el esfuerzo que iba pareciendo cada vez más inútil para volver a publicar obras de nuestro padre. En el fondo era el poder que la Iglesia había tenido durante siglos. Más que nada, estábamos ante una restitución.

Afortunadamente para cambiar de aires la conversación, llegó el segundo plato, el consistente. Dos camareros se acercaron a la mesa. De una fuente empezaron a servir los garbanzos, la col bien rehogada con ajo, las patatas y la zanahoria. De la otra, la carne, el pollo, el chorizo y la morcilla. Parecía que Aljimirote no hubiera comido en meses. A mí también me sirvieron, pero me dejé casi todo. Me había quedado sin apetito. Tampoco pasé de una copa. El sacerdote se fue tomando la botella de vino. Quizás esta mezcla contribuyera a suavizar la actitud de Aljimirote pues empezó a alabar la claridad de los libros de texto de bachillerato del Profesor y terminó comprometiéndose, en nombre de una amistad que nunca llegó a existir en su sentido real y profundo, a defender la publicación de sus últimas actualizaciones ante las autoridades civiles y eclesiásticas competentes.

Cuando llegó el postre, el suflé de helado de vainilla, que algunos llamaban Alaska pero que tenía poco de suflé en su sentido francés, su actitud pareció constructiva. Café y copa de coñac

después, no puro pues ninguno de los dos fumábamos, juntos bajamos por la escalera hasta la calle, y nos separamos. El padre Aljimirotó por la carrera de San Jerónimo hacia las Cortes. Yo regresé a Sol, para coger el metro.

Sospechaba que Aljimirotó, sí acaso intercedía en algo, lo iba a hacer sin convicción. Por ello le pedí a don Julio que llamara al padre Ulpiano para intentar convencerle de apoyar sus esfuerzos.

Ulpiano era más joven. Más bien alto, al menos en esta España más bien baja, llevaba la sotana de una forma elegante. Tenía una mirada franca y bondadosa, ayudada por unos ojos azul claro, pero quizás le faltaba ese aire de autoridad que desprendía Aljimirotó. Rubio castaño, tenía buena planta. Y sobre todo tenía unas manos largas que movía, al hablar, con convicción. Había realizado estudios eclesiásticos en el seminario de los jesuitas en Comillas, donde se ordenó en enero de 1936. Ulpiano se había sentido próximo a la República, aunque, claro está, no al anticlericalismo rampante que contribuyó al desastre. Pasó la Guerra discretamente en Andalucía y regresó a Madrid a mediados del 39. En octubre del 42 entró como profesor de Religión, católica claro, en el Liceo Francés de Madrid, a lo que obligó el franquismo, al menos para los alumnos españoles, y en la práctica para todos salvo los judíos y algún musulmán hijo de diplomáticos. Y pronto pasó a encabezar este grupo de enseñantes en lo que el Régimen temía era un antro de cultura laica.

Era un sacerdote por vocación, por fe, y que creía firmemente en lo que hacía. Pensaba que con el tiempo, o la Iglesia se adaptaba a la ciencia y al nuevo pensamiento que venía de Europa y de Estados Unidos y se abría a los nuevos debates que iban entrando desde principios de siglo, o acabaría perdiendo relevancia. Incluso en España, Pero estas eran formas de pensar que se reservaba para sí, y que sólo salían de vez en cuando en sus clases con los alumnos mayores de bachillerato en el Liceo. Cuando conoció a Aljimirotó, la verdad es que le repugnó algo, pero vio la ocasión de conectar con el Profesor, cuya Hipótesis le había interesado, aunque como argumento de debate, pues no estaba de acuerdo en casi nada de lo que allí se decía, si bien coincidía en algunas apreciaciones sobre varios pasajes del Antiguo Testamento en los que era claro que faltaba la idea del alma, e incluso la de dios. Por edad, trabó también una cierta amistad con mi hermano y conmigo. Pero cuando fuimos a pedirle ayuda tras la muerte de nuestro padre, pronto nos percatamos de que la capacidad de influencia de don Ulpiano era muy limitada, y que de poco nos serviría.

8

La Gaviota es un bar habitualmente concurrido de la calle Diego de León, casi esquina a Velázquez, en el barrio de Salamanca, al otro lado de la Castellana, de Zurbarán, donde vivió mi padre y aún lo hacía mi madre. Los domingos, después de misa de una en la iglesia de los jesuitas de Serrano e incluso durante su celebración, pues muchos, sobre todo hombres —maridos y padres para mayor precisión—, son los que se escapan de las misas de las iglesias cercanas para irse a tomar un aperitivo, se llena porque allí sirven las mejores croquetas de huevo del Madrid de la posguerra, buenas cañas y un excelente vermouth, especialmente mezclado con ginebra en la conocida «media combinación». Es acogedor por el bullicio, mas no por su confort. Algunas mesas en la calle al llegar la primavera. Dos o tres dentro. Pero siempre ocupadas los días festivos, coincidiendo con la misa y más aún a la salida de ésta. Casi todo el mundo de pie frente a la larga barra de mármol y en el espacio que quedaba entre ésta y la pared. Y mucho griterío a esas horas los domingos, especialmente cuando los camareros, con sus vozarrones, se anuncian las comandas en un ajeteo constante.

De política se habla allí un poco, aunque casi todos los que lo frecuentan suelen ser simpatizantes del Régimen, Más sale el fútbol y los toros en las conversaciones. No parece, en principio, el lugar más adecuado para entrar en temas serios. Más cómodo resultaría el Chikito, en la esquina diametralmente opuesta de las dos citadas calles, del mismo propietario y con idénticas croquetas, pero le falta el tono desaliñado y algo cutre que hace de La Gaviota un lugar especial.

A los padres Aljimi y Ulpiano no les venía mal este bar. A menudo quedaban allí entre semana, de preferencia los martes, a eso de la una, cumplidas sus respectivas misas diarias. Se sentaban en una de las mesas de fuera si el tiempo acompañaba, y conversaban de todo un poco. Tras la muerte del Profesor, don Julio había empezado a unírseles de vez en cuando, entre otras razones para seguir intercediendo para que se publicaran los libros de su venerado amigo e intentar convencer de ello a Aljimi y a Ulpiano. Pensó que era mejor abordar a los dos a la vez, más que intentarlo por separado. Además, esas conversaciones le resultaban enriquecedoras, y me pidió en más de una ocasión que me uniera a ellas, lo que hice gustoso aunque más bien callado. Después de la Guerra, no se suele hablar de religión en esta España. La religión, la católica —salvo, como ya se ha indicado, para los escasos protestantes y judíos—, se practica, o, en caso contrario, se disimula. Mas no se debate sobre ella. Y menos aún se la critica.

El padre Ulpiano, más abierto, era de los que pensaba, y así lo expresaba cuando la concurrencia era escasa, que el Régimen no sobreviviría eternamente, y que para permanecer arraigada con fuerza en la sociedad española, la Iglesia debía distanciarse algo de aquel, y comenzar a hablar de democracia como en otros países europeos. Naturalmente, iba en contra de

la línea oficial al considerar que la Iglesia, decía, debía abrirse a los nuevos tiempos y competir en el mercado de las ideas, no sólo en el de la fe donde tiene prácticamente un monopolio en España. Por eso se había mostrado abierto a las sugerencias de don Julio de intentar que al menos se publicaran los libros de texto y de referencia del Profesor, aunque sabía lo difícil que iba a resultar una vez que *La hipótesis* había entrado en el índice.

«Le guste o no, padre Aljimiro, la Iglesia en este siglo tendrá que ir prestando cada vez más atención a los avances de la ciencia y de la técnica, para no volver a caer en un error como el que cometió con Galileo», señaló don Julio. «Tras el embate del darwinismo y de su teoría de la evolución, una evolución sin finalidad aparente, ahora nos vamos a tener que enfrentar a nuevos retos que tienen de la cosmología a la biología, y la ciencia del cerebro. Estos descubrimientos cambian la visión del mundo. Desde luego, no es la visión definitiva, a la que nunca llegaremos, pero sí una visión diferente. Nuestra forma de ver el mundo habrá cambiando como ha cambiado con Darwin. Aunque, claro, los teístas más básicos, y la Iglesia a la cabeza, seguirán buscando una intervención exterior para la creación, e incluso para la evolución», añadió.

Don Julio había descubierto ya para entonces que el sacerdote más joven era un creyente mucho más ferviente que Aljimiro, pero mucho más abierto al debate. Aunque a la vez menos luchador en la defensa de sus ideas.

«Pero, ¿no era el Profesor teísta?», preguntó Aljimiro, como si no supiera la respuesta, por compleja que resultara.

«¿Acaso han leído ustedes al Profesor, han leído *La hipótesis*?», inquirió don Julio.

«Pues claro», contestó prontamente Aljimiro, pese al trozo de croqueta que tenía en la boca, y a estar quemándose los dedos con el resto, que no la lengua, que tenía bastante insensible. «La leí cuando se publicó y la he releído tras su muerte. Nosotros tenemos que leer los libros más peligrosos y los más novedosos para juzgarlos y recomendar o no su aprobación. No sólo nos lo autorizan, sino que en algunos casos nos lo piden también para proteger a la gente de esas ideas, aunque yo creo que, desgraciadamente, acaban permeando igual».

«El Profesor se equivocó doblemente», siguió Aljimiro, «en su tesis y en sus consecuencias. Su propia hipótesis sobre el alma, pues como ya he dicho de una mera suposición se trata, es equivocada. Y no es nueva. Muchos, durante siglos, han defendido posiciones similares, y sin tanta pretensión. Bajo una apariencia científica nos pide a su vez un acto de fe. De fe negativa. Nos pide que no creamos en el hombre».

«Además», prosiguió el sacerdote mayor, «están las consecuencias que tendría su hipótesis si llegara realmente a fraguar. El alma, la vida más allá de la muerte, es una hipótesis quizás no necesaria para la ciencia, pero sí lo es para mucha gente para vivir y prepararse, en la medida en que uno se prepara, para morir. Nosotros cuidamos no sólo de las almas, sino, como he dicho en otras ocasiones, de su salvación. Nuestra religión y la Iglesia, como no me cansaré de repetir, son esenciales para poder, no ya morir, sino vivir con cierta esperanza. Son esenciales para la cohesión social. Incluso para el desarrollo económico. Los pueblos que se separan de su religión se pierden. En este país lo hemos visto: cuando a la Iglesia le va mal, a España le va mal».

«Puede que tenga usted parte de razón», admitió don Julio, creyendo que esa línea le ayudaría a recomponer los platos rotos. «Como pusiera Unamuno en boca de uno de sus personajes: “Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir”. Además, la religión aporta algo necesario, incluso esencial, para la vida en sociedad: ritos, liturgias. Sin embargo el

republicanismo —ya no en este país pero sí en la vecina Francia— algo le ha robado, con su propia liturgia.»

«Pero allí, como aquí», interrumpió Aljimirot, «siguen los bautizos, las primeras comuniones, las bodas y los funerales en las iglesias, es decir, los ritos y liturgias que marcan las grandes etapas de la vida, sobre todo el principio, la bienvenida, y el final, la despedida, pero también la pubertad, como en casi todas las sociedades. En esto nadie compite con las iglesias y desde luego con la nuestra, la católica, incluso cuando se enfrenta a republicanismos laicos. En este pulso ganaremos. Tenemos casi dos milenios de experiencia. Aun en países sin predominio católico, pero sí profundamente religiosos como los Estados Unidos, la religión lo ha penetrado todo. Le pondré un mero ejemplo. Fíjese que, según me cuentan, ha prendido la idea de que la manera de doblar la bandera tras los funerales de los soldados caídos responde a criterios religiosos. Y así sí el primer pliegue es el símbolo de la vida, el segundo es el símbolo de la creencia en una vida eterna y etcétera.»

«Efectivamente, tiene la Iglesia una larga experiencia acumulada. Y la Iglesia ha sabido amoldarse. Una genialidad del cristianismo», prosiguió don Julio, «fue adaptarse al politeísmo mediterráneo, que aún persiste hoy en día, a través de los santos, aunque no quiero caer en el error de san Agustín de interpretar la cristiandad utilizando las categorías griegas. Pero como en toda religión, el cristianismo ha adaptado sus ciclos al paganismo anterior y éste a los de la propia naturaleza. Las referencias básicas van perdurando bajo nuevas formas. Acuérdesse de Isis, que se suele representar amamantando a Horus, casi igual que después se representaría a la Virgen amamantando al niño Jesús.»

«Así, por ejemplo», siguió, «coincidiendo con el Solsticio de Invierno, al que nos acercamos, muchos pueblos celebran desde tiempos inmemoriales con grandes y largas fiestas el triunfo del sol sobre la larga noche de invierno. Era, y es, época de esperanza, de renacer, de seguridad de que llegará la primavera y después el verano, tras esos fríos y cortos días. Los romanos lo llamaron *Sol Invictas*, y celebraban durante una semana el regreso del sol triunfante, o del dios de las cosechas. Los nórdicos lo han celebrado siempre. En 354, el Papa Liberio decidió hacerlo coincidir más o menos con la Navidad, que declaró el 25 de diciembre. Fueron inteligentes. Se adaptaron, como digo, no sólo al paganismo, sino, como antes otras religiones, a los ciclos naturales. Casi todas las culturas tienen su celebración de ese día en el que el sol parece detenerse unos minutos, como si suspendiera el tiempo, antes de volver a caer. Y muchos lo han venido celebrando con fiestas familiares o ritos de fertilidad. Los discos solares que ornaban las cabezas de tantos dioses asiáticos, pasaron a Cristo y a los santos cristianos. En el fondo todo esto era una rebelión contra la naturaleza, en esos meses en que se pasaba hambre y frío.»

Siguieron hablando un rato en esta misma línea, sin ponerse de acuerdo y con un Ulpiano silente. Acabadas las croquetas, y consumidos los aperitivos, se levantaron para acudir cada cual a su almuerzo.

Al cabo de unos pocos días, volvieron a coincidir ambos sacerdotes y don Julio en La Gaviota. Entonces empezó a romperse la cierta confianza y hasta la incipiente amistad, nacida casi del roce y de sus diferencias, entre Aljimirot y el antropólogo. La distancia entre sus visiones de la religión se fue agrandando.

«Quien ignora por qué muere, ignora por qué vive», dice el dicho teológico que recordó el padre Ulpiano, quien esa vez intentó romper el hielo.

«Hay otra visión, insípida aunque peligrosa, que renuncia a la búsqueda de sentido», completó

el padre Aljimi. «¿Acaso tiene sentido, o le da sentido a la vida o a la muerte, la cuestionada teoría de la evolución propugnada por Darwin de la que hablamos el otro día. una evolución sin propósito, sólo el de la adaptación al medio o el fruto del azar?»

«En verdad el hombre necesita un sentido del sentido, un sentido de la trascendencia, pero sin ignorar las realidades, cambiantes, pero realidades», dijo el padre Ulpiano, en esta ocasión más parlanchín. Quizás le habían metido más ginebra en su media combinación.

«Bien es verdad que la sensación de vértigo, de sobrecogimiento y el asombro ante el universo no los quita nadie, desde luego no la ciencia. Pero ello no implica nada», afirmó don Julio. «Y la idea pascaliana de hacer como sí dios y la vida tras la muerte existieran, pues si no existe no pierdes nada, y no te vas a enterar, y si existe algo ganas, es una hipocresía», añadió el antropólogo, que veía cómo se había impuesto a lo largo de los siglos en el catolicismo, más incluso que en los protestantismos, una idea financiera de la religión: la de que yo invierto en un banco, con mi buena conducta o mis penitencias y arrepentimientos, y espero recibir dividendos en el más allá.

«Puede que nosotros, la Iglesia, seamos los banqueros», replicó, calentándose, Aljimi. «Es una forma muy limitada de decirlo, de reducir el pecado a una simple anotación contable que se puede borrar. No es así. Es algo mucho más profundo. Usted habrá estudiado la Biblia como se estudia cualquier libro. No dudo de sus dotes de filólogo, o de antropólogo. Mas no sabe un ápice de Teología».

«Quizás», replicó don Julio, «pero no saber de Teología no me invalida para hablar de religión, sea o no creyente. Todos debemos poder opinar y hablar de esas cosas, aunque no le guste a la Iglesia. Además, la Teología no es sino el intento de dar apariencia de razón a lo que no es más que fe. Fe ciega. Se cree o no se cree, como dice usted, Aljimi. Es una forma de racionalizar lo irracional. Lo que acaba siendo irracional a su vez, aunque bajo otra pátina. Y pese a su nombre, el principal sujeto de la teología cristiana no es tanto dios sino la vida eterna».

«Efectivamente, se cree o no se cree», contestó Aljimi. «En dios, en el alma y en una vida después de la muerte, en el carácter divino de Jesucristo, en su resurrección. Se cree o no se cree. O al menos hay que pretender creer. Como dicen los franceses: *C'est apprendre ou à laisser*. Con todas sus consecuencias. No se puede obligar a nadie a no creer. Sí a creer, o al menos a pretenderlo. Y además de la fe, está la autoridad de la Santa Madre Iglesia. Debemos apoyarla con todas nuestras fuerzas y defenderla. Pues sobre ese pilar se construye la vida personal y colectiva moral. Eso es también religión.»

«Lo que me trae a la memoria», siguió don Julio, «a aquel personaje de Unamuno que pedía “poca teología”, ¿eh?, “poca teología; y religión, religión”. Usted, padre Aljimi, está más en la religión, o en la Iglesia, que en la Teología. Quizás me parezca que para el padre Ulpiano es lo contrario, quizás porque haya vivido menos que usted. Y piense más en la fe que en el poder, que usted llama autoridad».

«Es que la verdad la impone la Iglesia», replicó con rotundidad Aljimi, sin dar ocasión a Ulpiano a intervenir. «No sé si lo sabe, querido amigo, pero esa es la decimotercera regla de san Ignacio de Loyola, según la cual si la Iglesia jerárquica lo decide de ese modo debemos estar dispuestos a ver negro, aunque uno mismo vea blanco. La fe y la autoridad se unen a menudo», insistió. «Vale también para la inmortalidad del alma. No responde sólo a la fe de cada cual, sino que es un dogma de fe establecido por el Quinto Concilio de Letrán, en 1513 si bien recuerdo. Desde entonces aunque la inmortalidad “real, personal y natural” no sea demostrable de modo

irrefutable, se considera un hecho establecido. Contra esto es contra lo que iba *La hipótesis*. Y a ésta hemos de oponernos. Ya lo he dicho: Sin alma, no sólo no hay religión, sino que no hay Iglesia. Y casi me atrevería a decir que sin Iglesia no hay alma. A mí casi me importa más que la gente crea en una vida después de la muerte que en dios mismo», se calentó Aljimiro para repetir que «ese es el verdadero poder de la Iglesia: el de salvar almas».

Prosiguió excitado y casi furioso: «Pero en algo tenía razón su Profesor. Que la religión es emoción. Pero también la razón es emoción. Una parte de nuestra racionalidad, de nuestra inteligencia, discurre a través de las emociones, más que de los sentimientos. De otro modo, no se explicaría ese factor esencial para nuestra forma de pensar, tanto para los grandes descubrimientos científicos como para nuestra apreciación de la religión, como es la intuición. Pues *La hipótesis* no es sino fruto de la intuición, que algo tiene que ver con la fe».

«Le voy a hacer una pregunta, pues hace años que busco una respuesta y no la encuentro», pausó don Julio. «¿Hay un término en su teología para designar la doctrina que niega la existencia de un alma que sobrevive a la muerte? Los budistas, entre los que el tema es complejo, sí lo tienen: lo llaman *anatmán*».

«La respuesta es simple: no. Por la sencilla razón de que el cristianismo no considera dicha posibilidad», zanjó Aljimiro. «Pero si hay que llamarla de alguna manera, es materialismo».

Estaban en una de las mesas de dentro. Chasqueó los dedos para que se acercara un camarero, al que le pidió otra media combinación para él, dos cañas más, y otra media docena de croquetas, como si toda esta conversación le hubiera abierto la sed y el apetito. Lo pagaría don Julio, sin duda pensó.

«En realidad no es cuestión de dios ni casi de alma. En lo que parece usted insistir, sobre todo, es que sin idea de salvación no hay Iglesia», retomó don Julio.

«Tema complejo el de la salvación», contestó Aljimiro, un poco más calmado. «¿La salvación de quién? Esa es una cuestión que se ha debatido mucho sobre todo en los principios del cristianismo». Sacó una Biblia, una preciosa edición forrada en cuero marrón y que él prefería como lectura al clásico Breviario. Siempre la llevaba en su cartera raída de piel negra, regalo, por cierto, del Profesor. La abrió buscando un pasaje de Mateo, que en una visión dura, señala: «Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviaré el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos y a cuantos obran la maldad. Y los arrojarán en el horno del fuego y allí serán el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Quien tenga oídos para oír, oiga». «Eso es salvación. Y la condena para los pecadores», terminó Aljimiro.

«Un problema de esta visión», intervino, por fin, el padre Ulpiano, «es que condenaba y salvaba sólo a los vivos. Así lo interpretaron algunos. Pero nada decía de los ya muertos, ni para condenarlos ni para salvarlos. San Pablo se encontró con ese problema de qué les pasaba a los muertos, a los anteriores a Cristo o al fin del mundo. Pues muchos habían entendido el discurso del Mesías como dirigido a los vivos. Y en el final de los tiempos, también a los que siguieran viviendo por entonces. No a los muertos, ¡Imagínense qué confusión!», prosiguió Ulpiano. «Se salvaban los bien obrantes y biempensantes a partir de entonces, pero no sus antepasados, sus padres, abuelos y otros. Éstos quedaban en una especie de limbo del que nada se decía. La angustia que generó en los primeros cristianos debió ser importante. De ahí la visión que tuvo que lanzar san Pablo del arrobo de Jesucristo para acompañar a los vivos y a los muertos al cielo».

«San Pablo fue quien verdaderamente se inventó el cielo, la vida tras la muerte para todos»,

interrumpió don Julio. «Para los muertos de su tiempo, para los anteriores y para los posteriores. Tuvo que aclararlo. Efectivamente, san Pablo recogió la angustia de seguir a Cristo sin la esperanza de la resurrección de los muertos. Y de ahí su genial aportación. San Pablo lo entendió pronto, y corrigió una visión que se había impuesto de que el juicio final era para los vivos, no para los muertos. Se inventó un nuevo cielo, frente a la eternidad en la Tierra. Aunque fuera un aburrido cielo. Y consiguió vincular la salvación individual a la social. Ahí entraban, en un lugar privilegiado, los *Novissimi*. las realidades últimas tras las cuales no sigue nada».

«Según el catecismo son cuatro: La muerte, el juicio, el infierno y el paraíso», recordó Ulpiano.

«Ese es el verdadero genio que aportó san Pablo. San Pablo fue el gran inventor de la salvación de las almas. Bueno, su genialidad consistió en eso», prosiguió don Julio, «y en el hecho de haber conseguido transformar el cristianismo en la religión para un Imperio, el romano, y de ahí hacerlo universal, adaptándolo al paganismo reinante en la época. Las dudas en los tiempos bíblicos llevaron a construir poco a poco, o a trompicones, la inmortalidad del alma. El cristianismo le añadió la salvación, y la resurrección que comienza, de forma redentora, por el propio Cristo».

«La salvación le da un papel esencial a la Iglesia», insistió Aljimirot, «el de la mediación para esa salvación. Sin esa salvación no se entiende el cristianismo ni tantas otras religiones». Ni se entiende la Iglesia, pensé para mis adentros.

«Pero puede haber salvación colectiva, como en los judíos para los que, sobre todo, lo que cuenta es esta vida y el conjunto del pueblo, mucho más que una posible vida individual posterior», señaló don Julio. «Los judíos fueron los que para la tradición judeocristiana inventaron la idea del cielo, pero no como lugar de la vida después de la muerte sino más bien como hogar de dios».

«El cristianismo es bastante único», prosiguió. «Es una religión de redentor, de redención y de iglesias. Las otras son religiones de maestros, de profetas, no tanto de iglesias. Hay, además, un control psicológico y social a través de la confesión para salvarse», añadió don Julio. «La idea de confesión para la salvación no está en muchas religiones. No estaba entre los griegos. Ni está en el protestantismo más habitual. Y aunque ésta no sea la doctrina oficial, es más, sea una herejía, algunos cristianos creen, o han creído, que el alma de aquel que muere en pecado mortal puede morir definitiva e irreversiblemente, desaparecer. La disolución del alma no es doctrina, pero concuerda con algunas creencias que apuntan al infierno como la muerte del alma».

Rebajando algo el nivel de la discusión pasó a relatar las colas que se formaban en una iglesia cercana a su casa ante el confesionario de un cura sordo. La gente se había tomado al pie de la letra la confesión, pero no quería que la escucharan.

«Esa es una leyenda muy extendida desde hace tiempo», interrumpió Aljimirot, «Estoy seguro de que no tiene fundamento. ¿Lo ha comprobado usted?»

Ahí le pilló a don Julio con el pie cambiado. Pues, efectivamente, lo había oído, que no comprobado, él que no solía pisar las iglesias salvo para los ritos vitales. Y se sonrojó.

«Sea como sea. padre Aljimirot, lo divino, la religión, la Iglesia, son una herramienta social para manipular muchas cosas, en el sentido de poder público», señaló don Julio. «Pues la religión es también una forma para la gente, para el *homo religiosus* que reconozco que llevamos dentro, como ya entrevió el Profesor. Una forma, digo, de reducir la complejidad en la que uno vive, de darle un sentido a las cosas, aunque tal sentido carezca de fundamento racional y se forme a través

de mitos y de supersticiones».

«Usted intenta llevarme por la vía de la racionalidad», contestó Aljimiro. «Es que es una cuestión de fe, como ya le he dicho. Y si me apura de fe y de política. Pues estamos logrando que la fe tenga una mayor eficacia política. Al menos en nuestra España».

«Incluso los teólogos no saben nada sobre la vida después de la muerte. Ellos la dan por seguro. Pero no tiene base científica alguna. Ni siquiera vital», replicó don Julio.

«No me haga volver a Letrán. Se cree en ello o no. Nada más. Es una pura cuestión de fe», volvió a insistir Aljimiro. «De fe y de autoridad», puntualizó.

«Bueno», añadió Ulpiano, «incluso entre los creyentes, entre los teólogos, ha habido y hay grandes debates al respecto. Por ejemplo sobre si el alma nace o preexiste. La doctrina de la preexistencia del alma en relación al cuerpo fue muy común antes de que se asentara que el alma nacía con el cuerpo —“alma en cuerpo”— y luego ya no moría, aunque todo esto sigue sometido a discusión teológica».

«La Iglesia sí ha asentado la doctrina de que el alma no lleva una existencia precorporal, no tiene origen material, y su espiritualidad puede ser demostrada», cortó Aljimiro. «Existe en cada ser humano como individualmente distinta y es inmortal en esta diversidad individual», dijo mirando a Ulpiano, que ante esta presión hizo una señal aprobatoria con los ojos.

«Eso es lo peligroso de un libro como *La hipótesis*», volvió a la carga Aljimiro. «Insisto en lo que le manifesté el otro día: importa el alma. Usted puede creer que es una hipótesis. Incluso si sólo fuera una hipótesis, sería necesaria. No para la ciencia, sino para la vida en sociedad. La ciencia no va a triunfar en esto. La gente necesita trascendencia, no sólo respuestas fragmentarias, por muy fascinantes que resulten. Incluso muchos filósofos, como señala el americano William James», citó para dejar sentado que estaba al tanto, «prefieren la incertidumbre de la fe a la convicción de la razón. Y además, don Jubo», dijo con una mirada maligna «usted le inspiró al Profesor la parte con más apoyatura en la literatura, pero nunca ha publicado usted mismo nada sobre el tema. ¿Por qué?»

«Porque en esos tiempos me dediqué a escribir y a publicar sobre otras cosas, y en éstos ya no podría publicarlo. No quiero entrar en el índice», admitió don Julio.

Se despidieron. Y en otras citas posteriores don Julio no pudo sacarle al sacerdote ningún compromiso en firme de que intercedería a favor de la publicación de los libros de texto del Profesor.

9

Como era de esperar, el padre Aljimi no movió un solo dedo. Disponía de los contactos necesarios: entre los militares, entre los obispos, y algún canal al Vaticano. Pero no sólo no tenía nada que ganar con el apoyo a nuevas ediciones de obras del Profesor, sino que podía perder algo de su influencia al dar muestras de su amistad con la familia de un indeseable. Decidió que ese era un castigo para el Profesor aunque no estuviera ya entre nosotros. Su obra no debía perdurar. Claro, a nosotros nos siguió toreando. Aunque pronto comprendimos que nuestros esfuerzos habían sido en vano.

Mi hermano lo intentó con el obispado, cuyo titular nunca respondió a su petición de ser recibido por él. Y de nuevo juntos hicimos un esfuerzo con algunas autoridades del Régimen, directa o indirectamente a través de conocidos, de enchufes o de meros conseguidores, lo que nos costó un dinero en comidas y algunos regalos.

La prohibición que pesaba sobre la publicación de los libros del Profesor no se levantó, afectando a todos, a los de Medicina, y a los de bachillerato. Nadie salió en su defensa y en la de su legado, que, salvo para algunos de sus discípulos, desalentados a proseguir la línea de investigación del Profesor, rápidamente irá cayendo en el olvido, para triunfo de sus detractores. El impacto, siempre relativo, de *La hipótesis* se va a difuminar.

Lo ocurrido no sólo tuvo un coste para la difusión de la obra del Profesor, Esos meses de discusiones le habían hecho sospechar a Aljimi del padre Ulpiano. Consideró que no era de fiar, que su fe era sincera pero tenía una actitud demasiado abierta, demasiado liberal, ante el debate de las ideas. Creía en dios, creía en el alma que perdura en una vida después de la muerte, pero no creía suficientemente en una Iglesia fuerte, dura. Por ello, Aljimi puso todo su empeño para que le relevaran como profesor de Religión para españoles del Liceo Francés. No sólo eso, sino que consiguió que el puesto se lo dieran a él. Con este paso, los alumnos de Ulpiano, acostumbrados a un poco —sin exagerar— de debate vieron llegar a un sacerdote duro y doctrinario que, además, aprovechaba toda ocasión para dar cachetes a los alumnos que se le antojaban, y para pellizcar — en la mejilla aunque no sabemos si en otras partes— a algunas de las alumnas, a las que daba dase Religión, por separado de los chicos como está estipulado, o como se dice, como dios manda.

Doña Candelaria, nuestra madre, no tuvo tiempo de pasar apuros. A los pocos meses del fallecimiento de su marido, baja en defensas quizás por la tristeza del duelo, una mala gripe se la llevó. La distancia que hay entre la vida y la muerte a menudo varía. En el caso de mi padre fue larga, pues se apagó tras una enfermedad prolongada. Nuestra madre parecía estar bien un día, y tres días después de contraer la enfermedad murió. Nos reunimos con ella unas horas antes, y encontramos una viuda arrepentida. Pesarosa de que una vez muerto el Profesor casi se hubiera

avergonzado públicamente de él, dejando de nombrarle en sus relaciones sociales, pues eso es lo que había pasado. Esta vez nos había dado instrucciones para recibir los últimos sacramentos, y para el funeral.

La pena por esta muerte fue doble. Pues cuando el segundo de los progenitores muere, vuelve a morir el primero, y uno se queda con una sensación de orfandad, que embarga a cualquier edad incluso cuando ya se es persona de edad madura, y de pasar a la primera fila para que la parca nos venga a recoger. Doña Candelaria se fue sin saber que ese índice de Libros Prohibidos, en que se había incluido el de su marido, sería el último en salir del Vaticano. Pero ya era tarde. El daño estaba hecho. Mas, ¿a quién le importaba salvo a los hijos, los amigos y los discípulos? El Profesor ya había muerto, y su alma con él. ¿O no?

10

Los recuerdos, como decía Machado no ya del mañana sino del ayer, no están escritos ni fijados. No sólo porque, según nuestras circunstancias o altura vital, nos acordemos de una cosa, de una situación, de una persona, o de una edad u otra. Sino porque cada vez que los utilizamos, cada vez que los rescatamos —o nos rescatan ellos— en nuestra mente, los cambiamos. Esta cuestión fue parte también de las investigaciones del Profesor. La memoria tiene su propia vida. El recuerdo de los seres y de las cosas que fueron tiene su propia vida y uno mismo lo transforma. El acto de recordar cambia el recuerdo.

El recuerdo que tenía yo de nuestro padre fue variando con el tiempo. Sus últimos momentos no quedaron en el olvido pero fueron poco a poco reemplazados por vivencias de otras edades, aunque seguían predominando las de los últimos años, si bien los de su madurez fueron entrando con más fuerza. El recuerdo del padre de cuando éramos niños siempre estaba ahí, quizás porque nuestra memoria de esos tiempos también está más esculpida en nuestro cerebro, lo que respondía en parte a una idea de su maestro Cajal, para el cual «lo nuevo muere antes que lo antiguo», y no se refería sólo a la memoria a corto, frente a la memoria a largo plazo, como ocurre en muchos ancianos, sino a la condición humana.

Me venían a la mente esos días soleados cuando de pequeños íbamos a pasear al Retiro y nos alquilaba unos triciclos de esos con grandes ruedas en La Chopera. O las primeras salidas al cine, y siempre al circo, cuando daban los ingresos para ello, pues le entusiasmaba, como a su admirado Ramón Gómez de la Serna. Y de cómo disfrutaba con la comida de casa, sobre todo los lunes en que se comía exactamente lo mismo para facilitar la colada semanal: cocido, completo, al mediodía, tan bueno como el de Lhardv, y croquetas de pollo por la noche. Los recuerdos de sabores y olores permanecen más que otros, pues, según las investigaciones de mi padre, se alojan en el hipocampo, que guarda la memoria a largo plazo. Esa, según él, es la base neurocientífica que explica la famosa magdalena de Proust, un sabor y un olor que le despertó recuerdos de niñez al gran escritor francés. O las conversaciones y tertulias con sus conocidos, amigos y discípulos, en casa, a las que mi hermano y yo empezamos a asistir como oyentes, sin que nos atreviéramos a opinar. Los malos recuerdos, que también los hay, sobre todo algunos enfados, algunas regañinas o las penurias durante la Guerra Civil se fueron pasando.

Suelen quedar algo más vagos, salvo cuando implican auténticos traumas como la encarcelación o la muerte repentina o violenta de un ser próximo o un compañero.

Aunque este proceso en nuestros cerebros se ve hoy en día matizado por las fotografías, las imágenes se fueron difuminando más. Era uno de los campos que, decía el Profesor, guardaba más promesas para conocer realmente el funcionamiento del cerebro: la visión, y la transformación del

recuerdo de las imágenes. Les pasa de forma comprobada a los ciegos sobrevenidos, es decir, a los que han visto y dejan de ver. Sus imágenes recordadas se vuelven borrosas con el tiempo. Del mismo modo se van borrando los recuerdos visuales conscientes de los que conocimos. Van quedando los trazos de la cara o de detalles, como la mirada.

La última mirada de mi padre permaneció impresa en mi memoria con una fuerza de la que incluso hoy no me libero. Esa mirada agradecida, pero a la vez triste. Recordé dónde la había visto antes: en la copia del cuadro de Goya que colgaba en su alcoba, el *Perro semihundido*, una de las pinturas más misteriosas del gran pintor, en la que aparece sólo la cabeza del animal, que sobresale de lo que puede ser arena, como mirando hacia afuera a algo que a la vez le causa pena y esperanza. Un cuadro con una enorme carga espiritual, metafísica, pero sin respuesta. Aunque el Profesor nunca había considerado este cuadro metafísico, y siempre decía que el can estaba mirando a algo en el cielo que no aparecía en la pintura, Pero sí, nuestro padre había tenido esa mirada antes de perder el conocimiento y morir. Sólo ahora me percato de ello.

Los recuerdos, las rememoraciones, surgen de forma consciente pero muchas veces más, de repente, sin que les llamemos, por asociación de ideas, por un detalle que nos remite a otro, o por una preocupación ante la que, en el fondo, echamos de menos el consejo o comentario del que ya no está. ¿A qué hijo no le vienen recuerdos de sus padres, o abuelos, muchas veces sin quererlo? En cualquier parte que esté, surgen en mis pensamientos recuerdos de mi padre o mi madre, u otra gente que he conocido y que ha muerto, casi como a veces también los amigos de la infancia que no hemos vuelto a ver, aunque no recordemos ni sus nombres. También están los sueños. En uno de ellos, el otro día, se me aparecieron mis padres y en otro mi querida abuela paterna. En ambos casos me cuesta ya traer a la memoria las caras de forma consciente. Y, sin embargo, curiosamente en algunos sueños, ahí están como de carne y hueso, totalmente definidos y en una buena edad, esa misma que la Iglesia nos promete para el cielo, pues no vamos a ir hechos unos vejesterios, ¿no? Y esos sueños, mucho más vívidos que cualquier fotografía, me están sirviendo para alejar de mí el recuerdo de sus muertes, y conservar el de sus vidas.

También enriquece mis recuerdos lo que me han ido contando otras personas de mis padres. A veces con trazos desconocidos, pero que han completado mi conocimiento de ellos, aunque ya no pudiera ser por medio de vivencias directas sino indirectas. Uno va descubriendo cosas de su padre y de su madre que nunca hubiera sospechado, como que el Profesor fuera un mujeriego, o al menos un hombre que tuvo ciertas relaciones con otras mujeres, pero no, que yo sepa, un asiduo de los burdeles como lo había sido su maestro don Santiago. Mis padres, como todos, se llevaron consigo muchos secretos, sin los cuales la vida en familia y en sociedad se haría insufrible.

Todo eso me ha llevado a pensar que, realmente, sí hay pervivencia del alma: no una pervivencia personal, sino en el recuerdo de los otros. El recuerdo es una forma de ampliar la vida de otro, es la vivencia del ser ausente en el cerebro de cada uno de los que le conocieron, la presencia de una ausencia. Incluso más cuando se trata de seres amados, como señalan algunas teorías, que, una vez más, giran en torno a esa neurociencia que cultivó el Profesor, y que en esto vale para las personas, aunque también se ha podido apreciar en algunos simios que guardan luto cuando un compañero o compañera se les muere.

Contrariamente a lo que dice Sartre, al que ya hemos aludido, el infierno no son los otros, sino que tras nuestra muerte, seguimos viviendo en los otros. Puede que Sartre tenga razón y el infierno sean los otros, en vida. Pero en la muerte es lo contrario. E incluso en vida vivimos unos en otros, como dicen algunos, que añaden que la esencia de todo ser humano se halla repartida en muchas

mentes y cuando morimos algo queda en ellas. Así, en realidad, el cielo son los otros.

Los escritores y artistas se sienten inmortales. Había un cuento conocido en el que las almas, o las sombras, de los escritores vagan en un Parnaso y se van difuminando aunque retoman vigor cuando alguien les lee. Una buena metáfora pero que no vale. Y no he escrito este libro con ese fin, sino para que la memoria de lo que defendió mi padre no caiga en el olvido. Para que sobreviva más que sus ideas, su persona. Lo que cuenta, en esta prolongación de la vida, son las vivencias personales. No las obras que ya no les pertenecen, que no son ellos. ¡*Vanitas!*

No sólo vivimos sino que sobrevivimos en los otros. Aunque no vivamos ni sobrevivamos para contarlo. En eso el Profesor se había equivocado. Y así, me he convencido de que el alma existe y perdura, pero no de una forma personal, no en nuestros átomos, que esos no se destruyen, sino en los de los demás. Lo que no la hace eterna. Pues acabamos muriendo del todo cuando ya nadie de los que conocimos nos recuerda. Esta alma también se acaba.